

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 374.

SUMARIO

El palacio del marqués de Remondi en Italia; grabado. — **Espada de honor** regalada por la ciudad de Niza á Garibaldi; grabado. — **La Dama de noche.** — **Honores fúnebres hechos á la gran duquesa Estefanía de Baden;** grabados. — **Su Majestad la reina Isabel II y el rey su esposo;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Las hijas del Cid.** — **Exposicion de cuadros modernos en Paris á beneficio de la caja de socorros de los artistas;** grabados. — **El doctor Antonio.** — **El imperio de Marruecos;** grabados. — **Anda el diablo en Cantillana.** — **Reclinatorio de madera esculpida regalado al papa Pio IX por la provincia de Tours;** grabado. — **Su Emi-nencia el cardenal Antonelli;** grabado.

El palacio del marqués de Remondi en Italia.

Ofrecemos á nuestros lectores una vista del palacio del marqués de Remondi en la aldea de Fino, cerca de

Milan, donde se han celebrado los desposorios de Garibaldi.

El autor del dibujo, M. Crapelet, compañero de viaje de M. Alejandro Dumas, escribe de Milan la carta que á continuacion extractamos:

« Informado de la futura alianza de Garibaldi, tuve cuidado de sacar un dibujo del palacio de su suegro el marqués de Remondi, con una vista de la bonita y pintoresca aldea de Fino, que se descubre á la derecha. Gracias á la solicitud de M. Alejandro Dumas he tenido el honor de participar con él de la afable hospitalidad del marqués de Remondi. Tambien he visto al gran defensor de la libertad italiana.

La novia, que es la hija mayor del marqués, se ha expuesto repetidas veces durante la guerra para dar parte á su futuro de las posiciones del enemigo.

Tuve el gusto de verla, y como es apasionada por las artes, se interesó mucho en los dibujos de mi album.

A. C.»

Espada de honor

REGALADA POR LA CIUDAD DE NIZA A GARIBALDI.

Si todas las ciudades donde reina el sentimiento de la libertad continúan ofreciendo al campeón de la independencia italiana espadas, sables y pistolas de honor, Garibaldi reunirá una coleccion de armas de lujo única en el mundo.

Despues de Paris, Turin, Milan, Florencia y otras varias ciudades, hoy le toca el turno á Niza, y se concibe fácilmente que la patria de Garibaldi, deseosa de mostrar al mundo que en su suelo ha visto la luz, se apresure á otorgar al hijo que la ha ilustrado un testimonio de su simpática admiracion. En junio último la municipalidad de Niza votó por aclamacion á Garibaldi una espada de honor, en reconocimiento de los actos generosos que habia cumplido ya en favor de la patria, en la guerra de la independencia italiana.

Esta espada, ejecutada en los talleres de uno de los plateros mas famosos de Paris, y cuya rica guarnicion



EL PALACIO DEL MARQUÉS DE REMONDI DONDE SE CELEBRARON LOS DESPOSORIOS DE GARIBALDI EN LA ALDEA DE FINO, CERCA DE MILAN.



ESPADA REGALADA Á GARIBALDI POR LA CIUDAD DE NIZA.

reproducimos en nuestro dibujo, es digna del ilustre soldado de la libertad, y no podía confiarse á una mano mas firme y decidida. G. F.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

CAPITULO PRIMERO.

EN LA ÓPERA.

I.

Acababa de caer el telon, cuando oí una voz que me dijo:

— ¿Me permite Vd.?

Volví á mirar al que me hablaba, pretendiendo que le hiciese espacio para llegar á un asiento vacío que habia junto á mí, y ambos, el que me habia hablado y yo, lanzábamos un grito de sorpresa.

Nos encontrábamos despues de mucho tiempo en que no habiamos tenido noticias el uno del otro, y éramos grandes amigos.

Amigos del colegio, donde nuestra amistad habia empezado al par que nuestra juventud.

Se llamaba Luis de Arévalo: hijo de un negociante millonario, Luis no habia estudiado ni aun el negocio.

Su padre habia trabajado mucho, para que él no tuviese necesidad de trabajar.

Luis, para dar algun alimento á la actividad de su alma, se habia hecho todo lo que se hace un hombre de imaginacion ocioso: una especie de enciclopedia de conocimientos de adorno: hacia versos, que si nada decia, sonaban; conocia la música cuanto es necesario que la conozca el que no ha de vivir de ella; pintaba aguadas para albums, y por temporadas era ya anticuario, ya bibliófilo, ya arqueólogo; viajaba mucho en busca de monedas, antigüedades y libros, y á vuelta de todo esto solia dejar algun mal recuerdo en los lugares por donde pasaba.

Porque Luis era una especie de *Don Juan* moderno, en cuyo corazon y en cuya cabeza, el primer lugar estaba reservado á la mujer.

Era rico, bello, simpático, audaz, jóven.

Esto es: el hombre mas á propósito para inscribir en su libro de memorias, de que Dios provee á todos los hombres gratis y que se llama conciencia, un largo catálogo de víctimas.

Luis era una especie de inmoralidad loca.

De esa inmoralidad que causa el mal sin pretender causarlo...

¡El dinero!... ¡el ocio!... pero detengámonos.

Abandonamos sin dolor la filosofía á los que no saben escribir cuentos, y proseguimos.

II.

Yo me alegré mucho de encontrar á Luis. Pero mi alegría desapareció, helada, apagada, por la

expresion inmóvil de Luis al verme, y por el cansancio, la indiferencia con que me dijo:

— ¡Ah! ¡eres tú, Andrés!

Y al darme por pura fórmula la mano, ni aun con la mas leve contraccion contestó á la presion cariñosa y expansiva de la mia.

Yo callé sorprendido.

Luis se sentó en silencio en el lugar que habia estado vacío junto á mí durante el primer acto.

Despues extendió las piernas, se estiró maquinalmente los guantes, y sin decirme una palabra mas, dirigió sus anteojos á una andanada en palcos, y los recorrió rápidamente.

III.

Por una razon que no sé explicarme, yo seguia la direccion de los anteojos de Luis.

En pocos segundos, este llegó á la parte media de la línea de platea de nuestra izquierda.

Yo no sé si Luis siguió adelante.

Yo detuve mi mirada en la platea número seis.

Habia visto en ella dos ojos negros.

Y nada mas que dos ojos negros.

Fijos, lucientes, magnéticos, incontrastables, fijos en los míos.

Aquellos ojos aumentaban, aumentaban, me absorbían.

Yo no veia mas que aquellos ojos.

Al fin tampoco pude verlos.

Me habia acometido un vértigo.

IV.

El vértigo producido por la mirada de una mujer, es muy semejante en sus efectos al pánico que produce en situaciones dadas el peligro.

Uno y otro pasan con rapidez, y si el que los ha sentido es valiente, despues de que pasan, es ya imposible la fascinacion ó el terror.

Mi vértigo pasó.

La fascinacion pasó con él.

Entonces ví que aquellos ojos pertenecian á un semblante densamente blanco.

Aquel semblante tenia una frente pura y tersa, unas cejas doradas, una nariz, una boca, unas mejillas y un contorno puramente antiguos, es decir, magníficamente asimilidos al griego antiguo, y sobre este frente habia unos cabellos brillantes, dorados, voluminosos, divididos en trenzas, en rizos, en ondas, y ceñidos por un extraño adorno.

Por una corona de rosas negras.

Del mismo modo, en la voluptuosa garganta que sostenia aquella cabeza, se ceñia en una doble vuelta, amplia, elegante, un collar negro.

Y sobre los hombros y el nacimiento del seno, encajes negros que llegaban á la mitad de un brazo admirable.

Y pulseras negras en el nacimiento de unas diminutas manos.

Y únicamente noté, abandonado lo negro por el color de paja de los guantes.

V.

Era hermosa cuanto puede serlo una criatura.

Pero como extendido, como flotando delante de su hermosura, impalpable, inapreciable, misterioso, habia algo sombrío, algo terrible, algo profundamente romanesco, pero con lo romanesco de lo lúgubre, de lo sepulcral.

Era una atmósfera, en fin, semejante á la que puede suponerse flotando en torno de los espectros.

Y su palidez... ¡qué palidez aquella!

Y su vida... ¡qué vida la suya!

Vida ardiente que parecia sostenida por fuego en vez de sangre.

Palidez luminosa que parecia trasparentar bajo sí una luz azul lívida, como la que produce la llama del ron.

¡Dios mio!

Desde aquella noche yo he cambiado: yo tengo dentro de mí algo del ser maldito de aquella mujer.

VI.

— ¡Te parece hermosa! me dijo Luis, sacándome de la contemplacion de aquella mujer.

— Sobrenatural, le contesté.

— ¡Ah! ¡sí!... ¡sobrenatural! repuso: ¿y no ves en mí nada de sobrenatural?

— ¡En tí!

Y fijé mi mirada curiosa, escudriñadora, en Luis.

Luis tenia la misma palidez que la jóven de las rosas negras: la misma atmósfera fatídica en derredor de sí: todo aquello se iba haciendo para mí serio; me sentia mal.

Callé.

— ¿Qué edad crees que tiene esa mujer? me preguntó.

— ¡Ah! ¿quién sabe? le dije dominando la extraña impresion de que me encontraba poseido; cuando las mujeres están en la exuberancia de su vida, no es fácil determinar á punto fijo una edad exacta.

— ¿Crees tú que los años son para todos iguales?

— Sí.

— Error: ¿tú crees que un hombre estúpido y un hombre de imaginacion que han muerto á los sesenta años han vivido el mismo espacio de tiempo?

— Sí.

— Materialmente, sí; moralmente, no.

— Comprendo: pero ¿qué edad me pides en esa mujer: la moral ó la física?

— Entrambas.

— Pues bien; esa mujer, físicamente tiene veinte y cuatro años: moralmente, sesenta.

— Te engañas: físicamente, diez y ocho: moralmente, una eternidad.

— Despacio, porque no te comprendo.

— Se levanta el telon, me contestó: oigamos.

VII.

Empezó el segundo acto de la ópera.

Cuando hubo concluido, Luis me dijo:

— Adios: vengo á pasar aquí unos días: por si quieres verme, toma.

Y me dió una tarjeta.

— ¿Te vas?

— Dejando pendiente nuestra conversacion acerca de esa mujer... te aconsejo que te domines... que no pienses en ella ni hables de ella... Esa mujer es la *Dama de noche*.

Y se levantó y se fué.

VIII.

¡La Dama de noche!

Todo lo que acerca de aquella mujer me habia dicho Luis, habia sido fuertemente excéntrico.

Yo temí que Luis se hubiera vuelto loco.

Volví á mirar á aquella mujer, y ya no me pareció tan extraordinaria.

Aquel no sé qué siniestro que yo habia creído encontrar en ella no lo encontraba ya.

Aun me parecia encontrar algo de color bajo su tez mate y nerviosa.

Solo quedaban dos cosas vivamente extrañas: su traje y su soledad en la platea.

IX.

Necesité saber quién era aquella mujer.

Yo habia estado mucho tiempo viajando, y habia encontrado al volver muchas personas nuevas.

Nada pues de extraño tenia, que aquella dama que al parecer debia ser muy conocida, no lo fuese para mí.

Me levanté, y al levantarme saludé de una manera involuntaria á la desconocida, que me devolvió el saludo.

Busqué á algunos de mis conocidos y les pregunté acerca de la incógnita.

Todos me respondieron:

— Es la *Dama de noche*.

Todos convenian en esto con mi amigo Luis de Arévalo.

— ¿Pero no tiene otro nombre esa señora? pregunté.

— Seria necesario que ella lo dijese, me respondieron: y para que lo dijese, que pudiera hablarse con ella.

— ¡Cómo!

— Es inaccesible: á la puerta de su palco hay siempre un lacayo negro que no permite entrar á nadie.

— ¿Y la acompaña tambien ese lacayo en casa de sus conocidos?

— No va á ninguna casa.

— Pero en la suya...

— No la tiene: es decir, no se sabe dónde la tiene.

— ¡En el cementerio! dijo una voz detrás de nosotros.

Cuando todos volvimos instintivamente la cara, no vimos á ninguna persona á la que pudiéramos atribuir haber pronunciado aquellas palabras.

La suposicion de una muerta tan hermosa y al parecer tan llena de vida que saliese del cementerio y con tan bello atavío, para asistir á la ópera, no dejaba de ser una bizarra suposicion.

Pero no saberse por nadie, ni aun por los mas puestos en juego, el nombre, la procedencia y la morada de aquella mujer, parecia que hasta cierto punto hacia verosímil aquella suposicion, si es que puede ser verosímil lo maravilloso.

Me obstiné en adquirir noticias.

Supe que aquella misteriosa dama no aparecia mas que de noche: las en que hacia luna, por los paseos mas solitarios bajo la sombra de los árboles; las noches frias de invierno, en la platea número seis.

Que variaba de traje y de adornos, pero nunca de color.

Que cuando acababa el paseo ó el espectáculo, entraba en un carruaje negro tambien y desaparecia.

X.

Empezó el tercer acto y me volví á mi asiento.

Antes de sentarme miré á la Dama de noche y encontré sus magníficos ojos fijos en los míos.

La saludé de una manera mas marcada que la vez primera, y ella me contestó con mas expresion.

Empezó á parecerme menos sobrenatural.
Yo no oí la ópera.
Yo no miré al escenario.
Cuando no la miraba á ella, tenia la mirada vuelta á mi pensamiento.
Allí estaba ella tambien.
El vacío de mi alma se ensanchaba como haciendo espacio para que ella la ocupase toda.
¿Creeis en las almas gemelas?
¿No me comprendéis?
Voy á explicarme.
¿Creeis en una sola alma, que Dios parte en dos mitades, animando con la una el cuerpo de un hombre, y con la otra el de una mujer?
¿No creeis en esto?
Pues yo sí.

Yo creo que el alma de ella es enteramente semejante al alma mia: yo creo que ella siente como yo siento, que tiene mis mismas virtudes y mis mismos defectos, mis grandezas y mis miserias, mi alegría y mi tristeza: yo pienso, yo creo que es la duplicacion femenina de mi ser, ó mejor dicho, que somos un mismo ser en dos mitades.

Podrá ser todo esto hijo de mi imaginacion, pero mi imaginacion ejerce sobre mí una tiranía invencible, y creo lo que mi imaginacion me dice.

Yo desearia engañarme, simplificarme, reducirme, ó mejor dicho, trocarme de una mitad en una unidad, porque tener dos vidas, dos cuerpos, y que uno de ellos sea un cuerpo de mujer, es demasiado.

Llamadme en buen hora loco: pero escuchadme.
No tireis el libro por excéntrico, por extravagante que sea lo que el libro os cuente.

XI.

Al concluirse el tercer acto, me levanté y saludé de nuevo á la Dama de noche.

Entonces su saludó fué marcadisimo, y en su rostro resplandecia algo, se trasparentaba algo, que se absorbió, que se apagó, que acabó en una leve sonrisa.

Sonrisa que jamás habia visto para mí en los labios de ninguna mujer.

Aquella sonrisa me decidió.
Me pareció una invitacion.
Mas que invitacion, un precepto.

Me pareció que aquella expresion y aquella sonrisa me habian dicho: venga Vd., hablemos, conozcámonos.

Yo no pensé mal de ella: ella no perdió para mí nada de su dignidad por acogida tan repentina.

Un momento despues estaba delante de la platea número seis.

Un criado negro, vestido de negro, sombrero en mano, entreabria la puerta de la platea.

Aquel terrible cancerbero que á nadie permitia la entrada en el santuario de aquella divinidad, se doblegaba dócil delante de mí.

Entré.
La puerta se cerró tras mí.

De pié, inmóvil, asida á la cortina de la ante-platea y con la espalda vuelta á la sala, esbelta, magnífica, estaba la Dama de noche.

XII.

Hay situaciones en que un saludo es una nececidad, y toda palabra que no sea un saludo, difícil, inoportuna, de mal efecto.

Hay situaciones tan excéntricas, tan ilógicas, tan desconocidas, que lo dominan todo.

Situaciones en que se siente un no sé qué tan embarazoso, que necesitamos salir de ellas y no encontramos la manera.

Ella, indudablemente, se encontraba en la misma situacion, porque durante algunos segundos guardó silencio.

Ella al fin, porque siempre es la mujer la primera que rompe una situacion de este género, me dijo:

— Lo que nos sucede, caballero, es muy singular: nos encontramos juntos, sin objeto: no nos conocemos; sin embargo yo he creído leer en su semblante de usted la intencion, mas que la intencion, el aviso de que venia Vd. á visitarme; y yo, que á nadie recibo, que á nadie trato, he dado orden de que le dejasen á usted pasar.

— Lo que puedo decir á Vd., señora, contesté, es que hay en Vd. para mí una fuerza de atraccion irresistible.

— ¿Nos vemos pues atraido? dijo riendo adorablemente la Dama de noche: entonces, caballero, soy la amiga de Vd.

Y me tendió la mano.
Aquella mano no tenia guante, y era mórbida, suave, ardiente, pequeña.

Además emanaba de la Dama de noche un perfume fuerte, de esos que no son producto de la industria, que como el perfume, ó mejor dicho, la fragancia de las flores, provienen de Dios.

Perfume que no se aspira sin experimentar una sensacion embriagadora, que nos entanguidece, que mas que emanacion de la materia, parece la emanacion del alma á través de la materia.

La Dama de noche esparcia en torno suyo una atmósfera de encanto, pero infiltrada de pureza, ó mas bien, que nada hacia sentir que no fuese puro.

Esa cualidad que pertenece al aspecto y que se llama *distincion*, era en ella majestad.

Porque hay reinas de la naturaleza, reinas sin corona, como hay reinas con la vulgaridad coronada.

Dios hace lo grande: el hombre lo adultera, lo falsifica.

Dios habia dado á la Dama de noche cuantas grandezas naturales puede tener una criatura: la beldad, la pureza, el talento, la majestad, la virtud.

Yo adivinaba todo esto en ella.

XIII.

Cuando me concedió su amistad, tenia aun su mano en mi mano.

Yo estreché trémulo de emocion aquella pequeña mano.

Aquella mano no contestó á la presion de la mia. Creí que debia darme á conocer á ella, y la dije:

— Soy literato, me llamo...

— Le conozco á Vd. hace mucho tiempo, me contestó interrumpiéndome. Sentémonos.

Y salió á la platea, se sentó, y me señaló el segundo lugar.

— ¿No teme Vd. que mi presencia al lado de Vd. en un lugar donde siempre se ha presentado Vd. sola, dé pretexto á suposiciones? la dije.

— Me importa poco: nadie tiene derecho á tomar acta de mis acciones. No soy yo por cierto la que se expone mas á la murmuracion... á mí nadie me conoce: á Vd. le conoce todo el mundo: de mí solo pueden decir que he dejado de ser inaccesible para un gran poeta, para un hombre de genio y de corazón.

Yo me incliné.

— Pero de Vd. pueden decir que ha contraido conocimiento con un espectro, y esto puede serle á Vd. fatal.

Y la Dama de noche sonrió tristemente.

— La desgracia que para mí viniese de Vd., la dije, no seria ciertamente la de caer bajo la murmuracion: yo tengo formada mi opinion acerca del mundo y de las cosas...

— Es Vd. fatalista: lo sé.

— ¿Pero quién ha podido decirle á Vd.?...

— Sus libros de Vd.

— ¡Ah!

— Sí: yo le conocia á Vd. antes de conocerle: yo le apreciaba á Vd. antes de saber si era apreciada por Vd.: yo he comprendido en sus libros de Vd. su alma, y al verle á Vd. por primera vez esta noche, conociendo su alma, le he conocido, porque Vd. es una de esas naturalezas apasionadas, uno de esos seres transparentes, por decirlo así, en los cuales se ve á través del exterior lo que sienten, lo que aspiran, lo que alientan en el interior.

— Entonces, señora...

— No... su conocimiento de Vd. conmigo puede ser una gran felicidad para entrambos ó una gran desgracia: una vida de paz, ó una lucha. Es Vd. demasiado fatalista, y está Vd. á punto de ser escéptico: yo amo la fe... ella me alienta y me sostiene... necesito transmitir mi fe al corazón de Vd.

Y calló y volvió su atencion á la escena.

XIV.

— ¿Qué le parece á Vd. de ese padre, me dijo de repente, que rebelándose contra Dios, se goza en una venganza terrible, y al gozarla ve que en vez de haber muerto al seductor de su hija, ha muerto á su propia hija?

— Creo, respondí, que Victor Hugo, buscando una situacion horriblemente dramática, ha encontrado fatalmente una terrible justicia de Dios: uno de los castigos mas tremendos que pueden caer sobre la venganza humana.

Lo que se representaba era el *Rey se divierte*, convertido en ópera por Verdi, y confirmado con el nombre de *Rigoletto*.

— Dios perdone á tales padres, á tales hijos y á tales reyes, añadió.

— Dios perdone á la humanidad, contestó la Dama de noche.

Y se levantó.

Cuando ella se levantaba caia el telon.

Tomó su abrigo, se lo puso y me dió la mano.

— Hasta mañana, me dijo.

— Hasta mañana, contesté.

— Mañana á la noche habrá luna... pues bien, mañana á la noche, á las doce, en los jardines de la Cuesta de la Vega.

Y salió.

XV.

Habia ella desaparecido y aun la tenia delante.

Habia dejado de hablar y aun escuchaba su voz.

Se habia alejado y aun halagaba mis sentidos el misterioso perfume de su ser.

Sufría un placer hasta entonces desconocido para mí.

Gozaba un dolor que nunca habia experimentado.

Latía mi sangre, como si la hubiera puesto en ebullicion un fuego sagrado.

Nada existia entonces para mí mas que ella.

Yo entonces no tenia mas que alma.

Amaba como creo aman solo los elegidos por Dios para sufrir el martirio de un amor de los cielos, sentido sobre la tierra.

Y una voz íntima, misteriosa, enemiga despiadada de las ilusiones, la voz del escepticismo filosófico, me decia:

¡Sueñas! ¡ay del despertar! ¡una aspiracion menos y una humillacion mas!

Sali de la platea loco.

Atravesé los pasillos, los salones, el vestibulo y sali á la calle sin haber visto á nadie.

Mi atencion, mis sentidos, mi alma, mi vida, mi ser entero se concentraban en el recuerdo de la Dama de noche.

Maquinalmente llegué á mi carruaje, entré y me arrojé en un ángulo.

— ¿A dónde, señor? me dijo Pedro.

— ¿A dónde? respondí: hace luna: á la Cuesta de la Vega.

El carruaje partió.

CAPITULO II.

EN LA CUESTA DE LA VEGA.

I.

Acababa de sentarme en un banco de piedra, debajo de los tilos, en uno de los jardines.

La luna estaba alta, magnífica, nacarada, arrojando sobre la tierra silenciosa su pálido reflejo.

Era una de esas hermosas y serenas noches de enero en que no hace frio.

Solo interrumpian el silencio dos ruidos leves.

Allá á lo lejos, ténue y perdido, el acorde vago de una orquesta.

Habia baile en Palacio.

Cerca, un rumor sordo y constante.

Los pasos del sereno que la Villa tiene puesto en los jardines para acompañar á los enamorados, que buscan la poesía y el misterio bajo las copas de los árboles plateados por la luna.

Pero entonces la vigilancia del sereno era inútil.

En la Cuesta de la Vega no habia mas que un enamorado, y estaba solo.

II.

El silencio, la soledad, el recuerdo de la Dama de noche, la languidez, el adormecimiento que aquel recuerdo determinaba en mi alma; cien recuerdos vagos de amores pasados como evocados por una comparacion instintiva á la presencia del amor nuevo; mis aspiraciones hácia un amor soñado que no habia logrado realizar y que deseaba realizase la Dama de noche: toda mi historia, todas mis esperanzas, todas mis pasiones, revolviéndose como los átomos del espacio en un rayo de sol, habian causado en mí un estado de fiebre y de sonambulismo muy semejante al sonambulismo magnético.

Dios y los hombres, lo finito y lo infinito, la luz y la sombra, la vida y la eternidad, el sentimiento de todo esto, concreto lo uno, abstracto lo otro, se revolvan en mi imaginacion en torno de un centro inmóvil y resplandeciente.

Aquel centro era la Dama de noche.

Empezó á parecerme todo fantástico.

La luz de la luna tomó para mí un color frio, un color de muerte: los claros y las penumbras de los árboles me parecian los unos fantasmas blancos, los otros fantasmas negros.

El lejano ruido de la orquesta de Palacio me parecia el eco de un mundo aparte, con el cual ninguna relacion me unia, y los pasos lentos, iguales, sostenidos del sereno, el péndulo sordo del tiempo suspendido en la eternidad.

En aquellos momentos yo no era un hombre; yo era un poeta que sentia con el sentimiento falso de la belleza convencional soñada por la imaginacion.

¡Los sueños! ¡ah! ¡los sueños!

El ensueño físico para, sin dejar mas detrás de sí, por terrible que sea, que un ligero dolor de cabeza que desaparece en cuanto arrojais sobre vuestra frente un poco de agua.

Pero el ensueño moral que determina hechos á mas irremediables, cuando pasa os deja un dolor agudo en el corazón, un vacío horrible que solo se puede llenar con lágrimas.

(Se continuará.)

Honosres fúnebres hechos á la gran duquesa Estefanía de Baden.

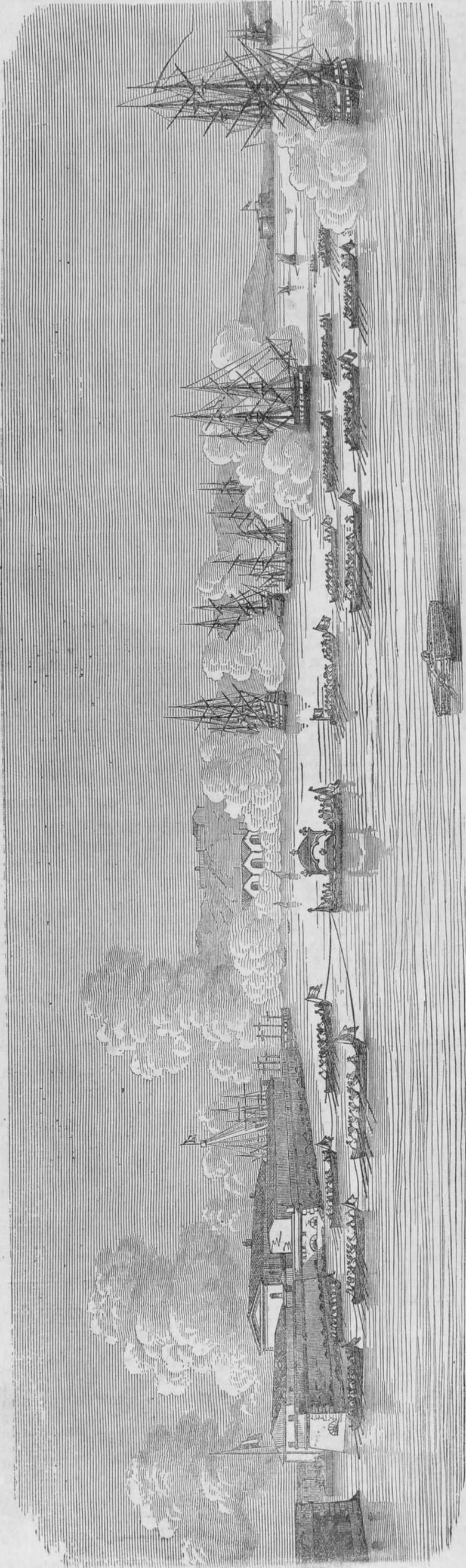
El cuerpo de S. A. I y R. fué embarcado en N'za á bordo del *Caton* el 2 de febrero.

Al otro dia por la mañana el *Caton* llegaba á la rada de Tolon. A las siete y media un bote en cuyo centro se elevaba un pequeño cenotafio, desembarcó los restos mortales de la princesa. La escuadra hizo las salvas de ordenanza. El cuerpo fué transportado a la estacion del ferro-carril, á la salida de la iglesia Santa María; llegó el 4 al medio dia á Estrasburgo, y fué conducido con gran pompa á la catedral.

Despues del servicio fúnebre el cortejo se puso en marcha en direccion al puente de Kelh, donde el general Roguet hizo la entrega del cuerpo á los delegados del gran ducado de Baden.

En Carlsruhe no ha habido ceremonia pública. El cuerpo estuvo expuesto en una capilla ardiente, y en seguida fué conducido á Pfortzheim.

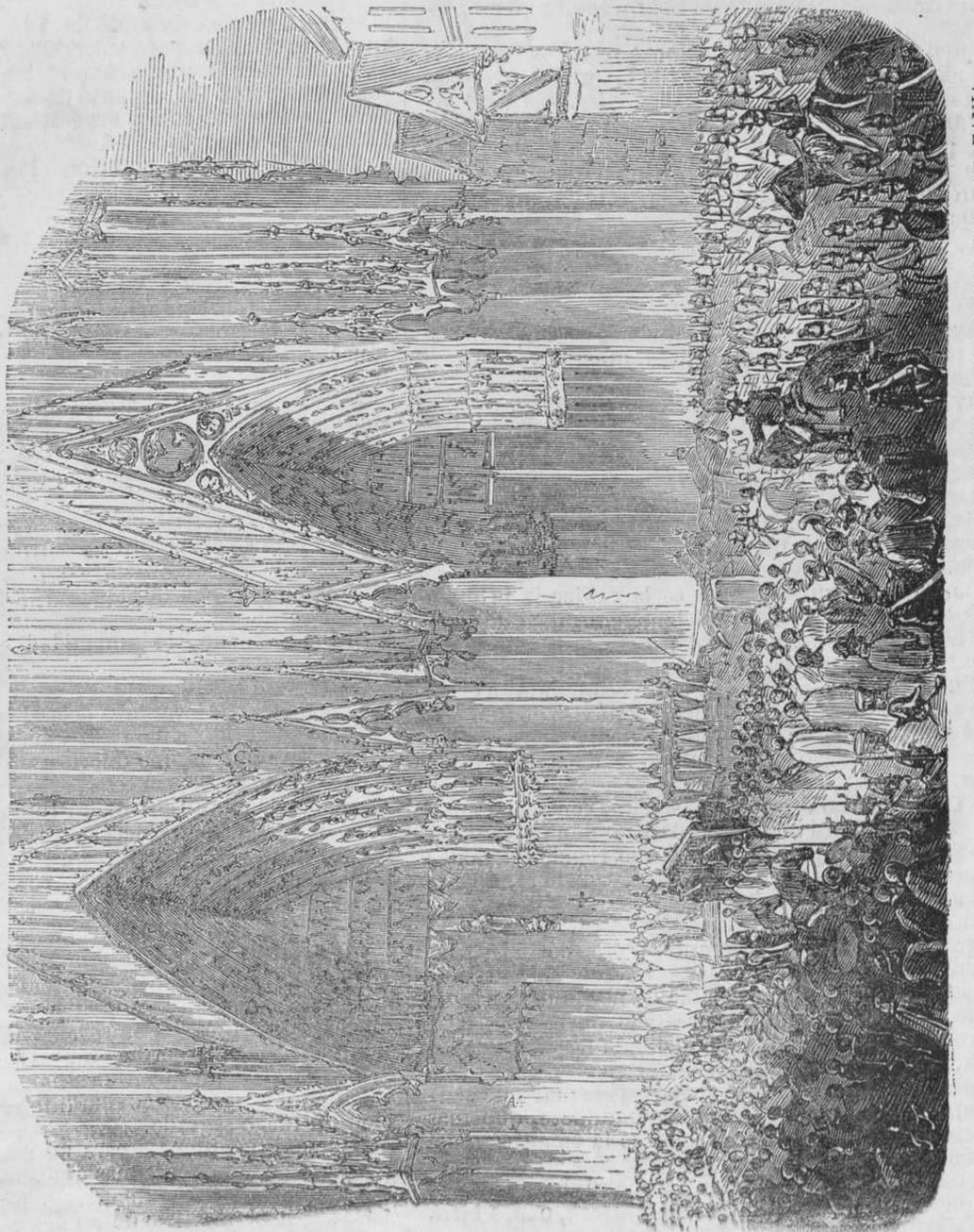
X.



LA ESQUADRA FONDEADA EN LA RADA DE TOLON, HACIENDO LOS HONORES FUNEBRES A LOS DESPOJOS MORTALES DE LA GRAN DUQUESA ESTEFANIA DE BADEN.



SALIDA DEL FERETRO DE LA GRAN DUQUESA ESTEFANIA DE BADEN DEL PALACIO GRAN-DUCAL EN CARLSRUHE.



PRESENTACION EN LA CATEDRAL DE ESTRASBURGO DE LOS RESTOS DE LA GRAN DUQUESA ESTEFANIA DE BADEN.



S. M. LA REINA ISABEL II Y EL REY SU ESPOSO.

Revista de París.

En la tarde del miércoles de carnaval, cuando el famoso buey gordo llamado *Solferino* se paseaba en triunfo por las calles de París con su acompañamiento de sacrificadores, su guardia de honor y el carro tradicional con las vestales de ordenanza, un pobre labrador de las cercanías de París que había venido á la capital con ánimo de asistir á la fiesta, hubo de experimentar una sorpresa bien desagradable y bien inesperada.

Este labrador es padre de una jóven que se llama Olimpia. Dotada de una belleza poco comun, dice el diario de tribunales de donde tomamos la relacion de esta aventura, Olimpia manifestó desde la edad temprana una pasión decidida á las diversiones. Las cosas llegaron á un punto, que el padre se vió obligado á encerrarla en el convento de las Damas de San Miguel.

Pasado algun tiempo, creyendo que Olimpia se había corregido ya, su padre la sacó del convento y la llevó á vivir en su compañía; pero muy en breve observó que nada había cambiado, y sucedió que al cabo de cinco ó seis meses desapareció, sin que las diligencias mas activas pudiesen hacer descubrir cuál había sido su paradero.

El padre afligido hasta lo sumo obtuvo del presidente del tribunal civil una orden de arresto contra su hija.

El miércoles de carnaval hallándose en París, como hemos dicho, se paró á ver el cortejo del buey gordo; y cuál no sería su estupefacción cuando en una de las diosas del carro, justamente aquella que por su hermosura y su traje de Venus llamaba en particular la atención del público, reconoció á su propia hija.

Para cerciorarse bien del hecho siguió la mascarada, que á poco rato entraba en la casa de M. de Rothschild, que era una de las estaciones del emblemático buey gordo. El cortejo penetró en el patio, donde el labrador consiguió entrar también, y allí, cuando los personajes de la comitiva se entregaron á las danzas y demostraciones carnavalescas propias de la ceremonia, le fué muy fácil convencerse de que con efecto era su hija la celebrada ninfa que iba en el carro.

Entonces, dejando que el cortejo prosiguiera su camino, se fué á la comisaría del barrio, contó al comisario la historia de su hija, y le presentó la orden de arresto que tenía contra ella.

— ¿Y Vd. desea que se ejecute? preguntó el comisario.

— Inmediatamente, respondió el labrador.

— Sin embargo, no me es posible turbar la ceremonia con un arresto que ocasionaria un escándalo, repuso el magistrado; pero hay un medio...

— ¡ Con tal de que no se escape!

— No, señor; iremos juntos hasta el matadero Popincourt, y una vez allí el buey gordo, los dioses y las diosas que le acompañan, pierden su privilegio y quedan sujetos á la ley como simples mortales.

El labrador consintió en esto, y la jóven Olimpia al bajar de su carro estuvo á punto de caer de sorpresa cuando distinguió á su padre en compañía del comisario de policía. No la afectaba tanto el peso de sus faltas, como el sentimiento de no poder ir al baile aquella noche, donde se había prometido divertirse extraordinariamente.

— Déjame ir al baile esta noche, le decía con voz lastimera, y te prometo que mañana temprano yo misma iré adonde quieran enviarme.

El padre se mantuvo inflexible, y Olimpia desesperada le debió seguir á la casa de corrección donde permanecerá bien guardada algunos meses.

Este es el acontecimiento mas notable que se ha producido en París en el carnaval de 1860.

Y ya que tenemos á la vista la crónica judicial de la semana, vamos á extraer á continuación las aventuras de un mozalvete de catorce años, que demuestran una inteligencia poco comun y digna por cierto de mejor causa.

Un platero de Burdeos tiene hace unos veinte años en su casa un contra maestre cuyo celo y probidad han merecido siempre sus elogios.

Este contra maestre vino á tener un hijo llamado Pablo, hoy de catorce años de edad, de quien el platero fué padrino, que cuando estuvo en edad de trabajar fué admitido en la platería como el niño mimado de la casa.

El muchacho tenía un buen carácter y demostraba bastante inteligencia, pero en cambio sus inclinaciones eran malas. Muy luego se hizo culpable de varias faltas que le fueron perdonadas sucesivamente, y esta indulgencia acabó de perderle. Un día desapareció llevándose una suma de 500 francos y unas barritas de oro que debió entregar á un negociante de Burdeos.

Con una serenidad extraordinaria Pablo se presentó como hijo de un alto personaje y llegó á Tarbes, donde se dió la vida de un gran señor en tanto que le duró el dinero que llevaba.

Sin embargo, supo dominarse lo bastante para contenerse cuando no le quedaba mas que lo justo para tomar el camino de hierro y llegar á París, donde pensaba él que le sería muy fácil deshacerse de sus barritas de oro sin despertar sospechas en nada.

Cuando viajaba se encontró en el wagon con una jóven inglesa, con la cual entró en conversacion y á quien supo interesar mucho contándole, como si fuera su propia historia una novela muy llena de aventuras.

A su llegada á la capital, esta señora cuyo marido ocupa un empleo superior en la agencia de los ferro-carriles del Oeste, hizo entrar á Pablo en la administracion donde estaba su marido, recomendándole bien á uno de los empleados llamado Carlos S..., quien á su vez le recomendó al amo de la fonda de Dieppe, calle de Amsterdam.

El jóven aventurero se instaló en la fonda, donde se trató lo mejor que pudo, gracias al producto de las barritas de oro que consiguió vender á un joyero del barrio de la Magdalena,

á quien engañó enseñándole cartas y papeles de la platería de Burdeos.

No obstante, estos recursos se agotaron, y Pablo llegó á verse amenazado por el fondista, á quien no había dado un cuarto desde que había entrado en su casa. Pero este contratiempo le alarmó muy poco, y lo que hizo fué salir fraudulentamente de la fonda, yendo á refugiarse en otra en las cercanías del ferro carril de Orleans.

El mozo había sabido insinuarse en la familia de la señora inglesa, familia muy honrada bajo todos conceptos, y sacaba mucho partido de esta amistad, diciendo á todos los miembros de ella que había venido á París para cobrar crecidas cantidades de dinero.

Una mañana fué á ver de parte de la señora inglesa á Carlos S..., y enseñándole unos pagarés con el timbre correspondiente, le suplicó que le hiciera como modelo unas letras de cambio en blanco.

Sin desconfianza el empleado escribió en los pagarés la fórmula ordinaria, y Pablo, de vuelta en su fonda, añadió las sumas y las fechas, así como la firma perfectamente imitada del platero de Burdeos.

Vestido de todo lujo, Pablo se presentó en el escritorio de la casa Lion Allemand, casa de banca que hace el comercio del oro y que sabia él estaba en relaciones con el platero de Burdeos, y pidió el pago de dos letras de 5,000 francos cada una.

La señora, jefe de la casa, examinó los valores y los halló en debida regla; pero no pudo menos de extrañar que su corresponsal no la hubiera prevenido con una carta de aviso, como lo tenía de costumbre.

No pagó mas que una de las letras, diciendo que pagaría la otra al cabo de algunos días, porque se reservaba escribir entre tanto á Burdeos.

Este era el primer contratiempo formal que Pablo experimentaba; pero otro le guardaba la suerte á su vuelta á la fonda.

Con efecto, en la escalera encontró al jefe de tren de Burdeos que se había hospedado allí también, y no pudo menos de hablarle, porque le conocía y conocía también al platero. Incomodado con el encuentro, quiso mudarse al punto, pero no tuvo tiempo como la otra vez para operar su mudanza clandestina.

En respuesta á un despacho telegráfico de la señora Lion Allemand, el platero había respondido por la misma vía que se quedara con la letra y que él salía con direccion á París.

Efectivamente llegó al cabo de pocas horas, y cuando vió la letra falsa se quedó estupefacto de la audacia y de la habilidad de su aprendiz.

Por una casualidad muy singular acertó á llegar entonces el jefe del tren de Burdeos que tenía que cumplir encargos de la administracion, y reconociendo al platero, despues de saludarle le dijo:

— En mi fonda está el hijo de su contra maestre de Vd.

La noticia llegó á punto. Pablo fué preso y hoy se encuentra á disposicion de la justicia.

Hace algun tiempo hablamos de una peticion que pensaban elevar al Senado varias jóvenes de Lyon contra los hombres solteros, á quienes querian sujetar á un impuesto crecido. Las exponentes se prometian que muchos mozos queriendo sustraerse á esta contribucion, se apresurarian á ponerse bajo el santo yugo del matrimonio.

El memorial lionés, sobre el cual no hemos tenido mas noticias, ha servido y sirve de tema de conversacion en varios salones parisienses donde abundan las niñas casaderas. Toda mujer conviene en que el impuesto es justo y desea con ardor su establecimiento.

¿ Pero es justo en efecto? ¿ El celibato puede considerarse como un lujo? ¿ No pertenece mas bien esta calidad al matrimonio en una época en que tanto dinero cuestan las mujeres? Y por otra parte, ¿ no debe ser mas bien objeto de compasion, puesto que se priva de la mas segura de las felicidades humanas? ¿ No se halla bien castigado con el aislamiento de su vejez?

Casi todos los solteros lo son involuntariamente por culpa de las circunstancias, no con premeditacion. — En cambio conocemos una dama solterona impertérrita, que se propuso no casarse nunca, y que creemos cumplirá su propósito hasta el fin, pues raya en el día en los cincuenta.

Cuando se hallaba en su juventud Herminia X... (este es su nombre) reunia todas las condiciones apetecibles para casarse bien y pronto. Pertenecía á una buena familia, era bonita y rica. Desde su entrada en el mundo á los diez y ocho años se vió rodeada de pretendientes. Los padres la presentaron muchos partidos muy ventajosos y ella contestó:

— No hay prisa; tengo tiempo.

Despues de haber perdido á su padre y á su madre que la dejaron una gran fortuna, Herminia se colocó bajo la tutela oficiosa de unos tíos, y mas pretendida que nunca continuó negando sus favores á los que pretendían su mano.

Esto comenzó á parecer singular, porque ya en onces había cumplido veinte y cinco años, y se buscaron las causas de tal obstinacion: ¿ era un amor secreto? ¿ una pasión por un hombre con quien no podía casarse?

Las conjeturas eran vanas: no era posible hallar un motivo que no existía; Herminia hablaba con toda sinceridad cuando se explicaba en estos términos:

— ¿ Hay una posicion mas agradable que la mia? Vivo en la independencia mas completa y me hallo muy feliz. Me buscan, me adulan, me hacen la corte á mas y mejor, recibo las atenciones mas ingeniosas, oigo las palabras mas lisonjeras. Mi vida es una fiesta continua, y no quiero cambiarla ni ahora ni nunca.

Nada pudo quebrantar su determinacion, siendo de advertir que en medio de tantos homenajes ha sabido hacer siempre el mejor uso de su libertad. La pertinaz solterona ha atravesado de este modo su primavera y su segunda juventud sin remordimientos para los que solicitaban su dote, y sin sentir jamás el haber tomado una resolucion semejante.

En el día, en una edad avanzada, como hemos dicho ya, tiene también su corte, porque si es verdad que ha perdido el brillo de sus ojos, en cambio sus brillantes resplandecen como nunca. Sus riquezas son atractivos que desafían á los años, y ella asegura que aun podría casarse. — No hay duda que conoce bien á sus compatriotas.

MARIANO URRABIETA.

Las hijas del Cid.

CANTO HERÓICO

POR DON JUAN MIGUEL DE ARRABIDE.

Preámbulo.

La presente composicion deberá recibirse como el boceto de un cuadro trazado y delineado á grandes rasgos, en el que se da cuenta de las partes que lo constituyen, y de la colocacion de sus luces ó de su claro-oscuro: ó como el embrión de una escultura que ha de perfeccionar el de icado cincel del artista.

Parecerá sin embargo como una redundancia, existiendo los romances del Cid, que tan repetidos elogios han merecido, sin la unidad de que se les acusa para formar una epopeya, y de lo que dice Adolfo Pictet, de que en ellos falta lo maravilloso, el querer presentar con las formas clásicas y repetir uno de los acontecimientos que caracterizan la historia de aquel héroe; empero esto mismo se encuentra con la mayor frecuencia en todos los sucesos históricos.

La insuficiencia del autor del presente opúsculo será tal vez causa de que su lenguaje metrico, su expresion, sus imágenes poéticas, su diction y aun su rima ó versificación no aparezcan con toda la elevacion, brillantez y grandeza que corresponde y es necesaria para interesar á los lectores. Mas ofrece su obrilla, aunque debilísima, como una prueba de su constante laboriosidad é inclinacion á las letras.

Mira, Alfonso, por mi honra,
Por la vuestra mira Dios;
Que si escuchais á traidores
No estais muy seguro vos.

(Romance 76 del Cid.)

¡ Noble Cid Campeador que en las contiendas
Por la fe y por tus reyes te elevaste,
Tus triunfos presentando como ofrendas
Que ufano y generoso tributaste,
A émulos envidiosos de tus prendas,
A ingratos que tus dones prodigaste;
Oye mi voz, si débil, reverente,
Que te saluda plácida y ferviente.

El Cid te apellidó la gente mora:
Tu esfuerzo y tu poder alzó tu nombre:
Tu templada tizona cortadora
Fijó tu predominio y tu renombre:
Con su trompa la fama voladora
Publique tu valor y al mundo asombre;
Y en sus preciosas páginas la historia
De tus hechos conserve la memoria.

Yuñes vencido, el valenciano suelo
Del Cid reconoció la primacía,
Y él afanoso en incansable anhelo
Mostraba su arrogancia y bizarría;
Ya de sus armas se elevaba el vuelo,
Intrepido y osado se extendía
Por aquella region, y á la alta esfera
Se encumbraba cual águila altanera,

Su corazon benéfico abrigaba
A par de su esplendor la fe amorosa,
Y en su sensible pecho se fijaba
Unida á la piedad la fuerza honrosa;
Cuando de sus afanes descansaba
En calma placentera y venturosa,
Conservaba en su seno, de ardor lleno,
El amor conyugal grato y sereno.

Jimena, su consorte idolatrada,
Y doña Elvira y doña Sol habidas
En su bella reunion tan deseada,
Largo tiempo en Cardena recluidas,
Hizo venir á su ciudad amada
Para templar sus penas, padecidas;
Y en Valencia risueño y ostentoso
Las recibió apacible y cariñoso.

« Mitad de mi existencia, hijas queridas,
Llegad (les dijo), y recibid gozosas
A mi delirio paternal unidas
La paz del corazon, las amorosas
Caricias de mi afecto repetidas,
Estas caricias puras, deliciosas:

Venid, que quiero en vuestros tiernos brazos
Disfrutar del amor los dulces lazos.

» Tú, bella Elvira, mi cariño amante
Recibe, y mi desvelo acariciando,
De mi ardor participa y fe constante:
Y tú, mi Sol, mi afecto secundando,
Penetra con tu luz clara y radiante
En este corazón, que despreciando
Todas las ilusiones pasajeras,
Las encuentra en vosotras lisonjeras.»

Gozaba el Cid con deliciosa calma
Del filial halago la dulzura,
Y Jimena, la antorcha de su alma,
El sosiego, la dicha y la ternura;
Y cual se mece la vistosa palma
Al impulso del viento con blandura,
Ella solaz hallaba y alegría
En su amorosa y grata compañía.

La fama con su trompa sonora
Las hazañas del Cid, sus nobles hechos,
Elevaba esplendente y animosa
Y entusiasmaba á varoniles pechos:
Y esta publicación, digna, ardorosa
Promovía de muchos los acechos;
Mas insignes magnates se animaban
Y unirse á aquel varon ambicionaban.

Era costumbre en tiempos apartados
Entre regios caudillos y señores,
Noticiar sus enlaces ideados
A su rey impetrando sus favores;
Y los nobles, por reyes enlazados
Adquirían potestad, poder, honores,
Y fundaban su próspera fortuna
Su nobleza y valor desde la cuna.

Acudieron á Alfonso los infantes
De Carrion sumisos, reverentes,
Como vástagos suyos y brillantes,
De alta prosapia y buenos ascendientes,
No versados en lides arrogantes,
Mas de heráldicos goees y eminentes,
Ofreciendo sus manos y privanza
A las hijas del Cid, como era usanza.

Los que ansiaban unirse en este enlace
Eran Diego Gonzalez y su hermano
Fernando; sus deseos satisface
Con notoria bondad el soberano;
En concertar las bodas se complace
Prudente, afectuoso, justo, humano,
Y al Cid llamó á Requena y fué seguido,
Quedando aquel convenio consentido.

Rodrigo á su Jimena idolatrada
Comunicó aquel hecho cuidadoso,
Que cual mujer prudente, consultada
Fué en asunto tan grave y azaroso;
«No es de mi agrado, dijo contristada,
Este enlace, magüer, grande, ostentoso,
Mas fágase, Rodrigo, si vos place:
Pues mandándolo el rey, el rey lo hace.»

En ligeros troteros cabalgados
Los infantes activos caminaban,
De deudos y criados rodeados
Y á la fértil Valencia se acercaban;
Con profuso atavío engalanados,
Ufanos arrogantes se mostraban;
Y para Elvira y Sol llevan presentes
Para ocasión tan digna competentes.

Las dos graciosas damas relevantes
Con su lucido séquito esperaron
Aquella recepción, bellas, brillantes;
Con sus galas sus gracias elevaron,
Tributo que se rinde á los amantes;
Y Jimena y el Cid se presentaron
A dar cima al precepto recibido
Y á estrechar aquel lazo convenido.

Se oye una aclamación viva, ardorosa,
Que un concurso alentado repetía,
Con la dulce expresión clara, animosa
Que enagenada el ánima sentía;
Llegando en fin la animación honrosa
A exhalar su contento y alegría
Con llevar de la brida los donceles
De los regios infantes los corceles.

Al Cid se acercan, que tendió la mano
En señal del mas puro asentimiento;
Y á entrambos estrechó risueño, ufano,

Demostrando su gusto y su contento:
Y los de Carrion al ver cercano]
El término feliz de su ardimiento,
Expresaron con suma complacencia
Su respetoso afecto y su avenencia.

Los recibió Jimena bondadosa;
Les presentó sus hijas adoradas,
Y aunque grave, apacible, cariñosa,
Con elegancia y gusto ataviadas,
Con fe sencilla digna y candorosa,
En prácticas sagradas educadas,
Y Gerónimo, obispo allí venido
Las desposó en el templo enardecido.

Régias fiestas y toros se aprestaron,
Y á celebrar tan áulico suceso
Todos los atractivos se emplearon
Con profusión, con pompa y con exceso:
Los deudos y parciales se mostraron
Con el placer mas puro y embeleso,
Y el Cid á los esposos bendecía
Con dulce complacencia y bizarría.

Las cañas ó torneos preparaban:
Danzas, juegos alegres, bulliciosos:
En la plaza columnas se elevaban
Con barandales y arcos primorosos
Que festones y emblemas enlazaban:
Y ecos ya resonaban cadenciosos
De acordadas dulzainas y añafiles,
De trompas y ruidosos tamboriles.

El anchuroso espacio se veía
Cual un jardín de deliciosas flores;
Allí la linda rosa relucía,
La púdica azucena sus albores,
La lila su vistosa lozanía,
La acacia y el clavel de mil colores,
La ortensia y siempreviva del Oriente
Y el tulipán del Asia refulgente.

Las damas con sus galas suntuosas
Con su alquinal el brillo derramaban;
Guardamentos de formas caprichosas
Y diamantes y perlas ostentaban;
Con raras vestiduras é ingeniosas
Los varones también se presentaban,
Con galas y gregüescos y sombreros
Con lucidos penachos y plumeros.

De los clarines al marcial sonido
Se presentó la multitud gozosa,
Aumentando el estrépito y ruido
La concurrencia espléndida y famosa:
Llegó el Cid de su séquito asistido,
De Elvira y Sol y de Jimena hermosa,
Y también los infantes se mostraron
Y en ellas las miradas se fijaron.

Sonó la ruda trompa: aparecieron
Cincuenta potros blancos cual la espuma,
Con sus diestros jinetes que siguieron
Con fiero orgullo y gallardía suma,
Y el circo en torno rápidos corrieron:
En celada de plata airosa pluma
Lucían los adalides esforzados
Y ropajes de oro recamados.

Otros tantos caballos relucientes
Negros como azabache, los seguían,
Tascando el freno intrépidos, furentes:
Árabes muy lujosos los seguían
Altivos, atrevidos y valientes,
Que turbantes y túnics vestían,
Borceguines pajizos y acicates
Con perlas y esmeraldas y granates.

En lindas hacaneas adiestradas,
Diez donceles también se presentaron
Con emblemas de flores enlazadas,
Y por el centro airosos penetraron.
Con vistosas revueltas estudiadas
Su acierto y su maestría demostraron,
Y á par de sus airosos compañeros
Aplausos recibieron lisonjeros.

En fracciones ó grupos divididos
Unos frente á los otros se pusieron:
Embrazaron escudos prevenidos
Y arrojadas bolas recogieron:
Dando principio á pases repetidos
De parejas que rápidas corrieron:
Unas tras otras con ardor seguían
Y alternando en sus puestos se tenían.

Empuñaron las lanzas y animosos
Ensartaban, siguiendo á la carrera,
Cabezas y sortijas, que gozosos
Con festiva jactancia y altanera
A las damas brindaban obsequiosos
Con faz risueña grata y placentera,
Y toros en seguida se corrieron
Que contento y solaz á todos dieron.

Al terminar la fiesta se oyen voces
Que ansiosas «al leon guarda» repetían:
«Muerte al que lo soltó» dejar veloces
Se vió el circo á las gentes que corrian;
Mas el Cid á la fiera, sus atroces
Golpes descarga que su ardor rendían:
Los dos infantes tímidos huyeron
Y en lugar vergonzoso se escondieron.

Y al Cid despues turbado se presenta
Un mensajero, y relató confuso
Que el rey moro Bucar ufano intenta
Asaltar á Valencia audaz iluso:
Que en la vecina playa se aposenta
Con arrogante ejército y profuso,
Y que ofrece orgulloso á sus guerreros
Reconquistar su predominio y fueros.

Requirió el Cid la fuerte empuñadura
De su tizona y prorrumpió alterado
«Mientras esgrima yo esta hoja dura
Y este brazo me ayude sano alzado,
Ni Bucar ni cien reyes, mi bravura
Podrán vencer ni mi denuedo osado:
Y esa vil multitud baja irrisoria
Servirá para alzar mi triunfo y gloria.»

Y cual fiero leon embravecido
Que en la floresta intrépido pasea,
Salió de su festín enardecido
Ansiando dar principio á la pelea,
Y arrojar con su espíritu aguerrido
Aquella turba bárbara idumea:
Mostrándose de santo esfuerzo lleno
En aquel trance bélico, y sereno.

Subió á una torre con Jimena al lado,
Que al ver la multitud adusta y fiera
Su corazón tranquilo y esforzado
Se intimidaba por la vez primera:
Mas el Cid con semblante denodado
Le dijo con sonrisa placentera:
«Ese número aumenta mi arrogancia:
A mas moros, Jimena, mas ganancia.»

(Se concluirá.)

Exposicion de cuadros modernos en París

Á BENEFICIO DE LA CAJA DE SOCORROS DE LOS
ARTISTAS.

Se ha reunido en París una interesante colección de cuadros que han tenido á bien prestar sus poseedores en atención al objeto que motiva esta exposición hecha á beneficio de los artistas. Las salas donde se encuentran las pinturas, muy visitadas hoy por el público parisiense, están en el boulevard de los Italianos y se hallan convenientemente dispuestas para ese destino. El catálogo contiene 323 números; 91 dibujos y aguadas, y lo demás pinturas al óleo. Pasaremos revista á cierto número de obras para dar una idea de la colección y del interés que ofrece.

Desde luego pondremos en presencia los nombres de M. Ingres y de M. Delacroix. M. Ingres no tiene mas que un lienzo pequeño muy concluido y de un carácter singular; es una especie de miniatura á la cual sirve de pretexto la poesía del Dante, sin que tenga de ella ningun reflejo. La figura de Francisca de Rimini es una fría reminiscencia de las vírgenes de Rafael, extraviada en una escena novelesca donde los otros dos personajes han sido representados por el artista sin gracia y de un modo grotesco.

M. Delacroix tiene diez y seis cuadros, y entre ellos el mas notable es el que se titula: *Nafragio de don Juan*, y que merece ser conocido con este nombre: La barca; — la barca aislada, perdida en la inmensidad de los mares, cuya profundidad se confunde con la del cielo sombrío y amenazador. En esa barca los naufragos presa de las torturas del hambre, se deciden á apagarla con una víctima humana. Los robustos hombres de un joven marinero, el seno descubierto de una mujer que se desmaya, despiertan horribles ideas en presencia de la fatalidad que convierte en antropófagos á esos hombres civilizados. Echan suertes pálidos y temblando de horror. Nadie piensa en don Juan ante ese horroroso espectáculo pintado de mano maestra.

Un pintor que en vida no fué apreciado en su justo valor, uno de los que mejor han revelado el Oriente á la Francia, M. Marilhat, está representado en la exposición por varias obras muy propias para dar una justa idea de su talento.



EL NAUFRAGIO DE DON JUAN, cuadro por M. E. Delacroix.

El *Necrópolo del Cairo* es un lienzo resplandeciente de luz, de un estilo fácil donde los accidentes del terreno se dibujan con firmeza. — Reproducimos aquí

otra escena titulada: *Caravana descansando cerca de un oasis*, que es un cuadro de los que demuestran mejor la clase de talento del artista.

Al lado de Marilhat citaremos á M. Decamps. En la exposición hay diez y nueve cuadros de este pintor célebre y varios dibujos. La mayor parte de estas pin-



LA CEREMONIA DEL DOSSEH EN EL CAIRO, por M. Bida.

turas figuraron en la Exposicion universal de 1855. Reproducimos *la Perrera*, cuadro pintado en 1842.

Docecuadritos de M. Meissonnier deben contarse igualmente como uno de los principales atractivos de la exposicion. Si hay en ellos ausencia de sentimiento poético y de inspiracion, en cambio hay toda la certidumbre del saber, toda la firmeza de una ejecucion concienzuda, cosa que tan poco se practica actualmente.

Al lado de los pintores franceses figuran artistas extranjeros de mucha nombradía. Señalaremos entre las obras de estos últimos, 1º un cuadro de M. Petten Kofen, de Viena, de un tono fino y armonioso que representa con mucha verdad: *Unos voluntarios húngaros*: — 2º dos grandes composiciones de M. Leys, de Amberes, de las cuales la principal repre-



CARAVANA DESCANSANDO CERCA DE UN OASIS, por M. Marilhat.

senta á *Alberto Durero en Amberes*, que aquí reproducimos. Seria de desear una inspiracion mas espontánea en este cuadro; sin duda en una escena que debe tener su principal interés en la verdad de los trajes y en la realidad del efecto, es de extrañar que la luz no esté acusada con mas franqueza. No se diria que el artista vive en la ciudad y en medio de los grandes recuerdos de la escuela colorista flamenca. Lo que se puede elogiar en esta obra es el estudio, es un justo sentimiento de la época donde el pintor ha trasladado la escena; una escena de mujer, la principal del cuadro, es encantadora; la cabeza de Erasmo está copiada de su retrato por Hans Holbein, que se admira en el Museo de Amberes. Los trajes y los accesorios están tratados cuidadosamente.



LA PERRERA, por M. Decamps.



LA POSADA, por M. Isabey.

El pintor mas célebre de Bélgica M. Gallait tiene tambien un lienzo en la exposicion pintado en 1858 y que representa al *Taso en la cárcel*.

Damos aquí otras dos láminas. La primera es copia de un hermoso dibujo de M. Bida, que representa una escena de fanatismo religioso en el Cairo; el jefe de la órden de los dervis sale de la mezquita, y los devotos se tienden á su paso para que su caballo pase por encima de ellos.

La segunda es una escena, estilo Pompadour, titulada *la Posada del escudo de Francia*. Brillante como todas las últimas obras de M. Isabey. En la exposicion hay unas diez pinturas de este artista que forman un gran contraste entre



ALBERTO DURERO EN AMBÉRES, por M. Leys.

sí, por la diversidad de estilo que en ellas se manifiesta.

Los cortos límites de que podemos disponer no nos permiten parar nuestra atencion en otras obras. Nos contentaremos con citar entre los nombres de los artistas cuyas obras están expuestas, los siguientes: Leon Benouville, Bonington, Bretton, Courbet, Couture, Delaroche, Diaz, Flanndrin, Gerome, Gudin, Hebert, Lehmann, Millet, Papety, Raffet, R. Fleury, Roqueplan, Tassaert, H. Vernet y Ziem; entre los paisistas, Cabat, Corot, Daubigny, J. Dupré, T. Rousseau, etc.; y entre los pintores de animales, Rosa Bonheur, Brascassat, D. Coignard, Jacques, Troyon, etc.

A. J. D. P.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

Lucy se puso encarnada, pues lo que Antonio la decía sobre el carácter italiano, era justamente lo contrario de lo que ella había oído decir.

— Dejad á un lado las preocupaciones, continuó Antonio, ó mas bien acordaos de ellas para compararlas con los resultados de vuestras observaciones. Los hechos son inflexibles, miss Davenne, y la observación de los hechos os demostrará, que entre nosotros rara vez se ven ejemplos de mujeres ó de niños que llevan en sí las señales de los malos tratamientos de sus maridos ó de sus parientes; que se conocen poco la embriaguez y los crímenes; que hay provincias enteras (San Remo es una de ellas), en las cuales no hay memoria de que se haya cometido un asesinato. La propiedad está tan dividida, que los dos extremos de la riqueza y la miseria apenas existen, y que felizmente sucede lo mismo con la mayor parte de los males que provienen de esos extremos, como por ejemplo, la mendicidad.

— ¡Me pintais una verdadera Arcadia! exclamó Lucy.

— Algunas sombras hay en el cuadro, respondió el doctor; pero la verdad es que aquí todos vivimos felices y contentos.

XI.

EL 15 DE MAYO DE 1840.

Han transcurrido quince días. Durante este tiempo la salud de Lucy se ha fortificado rápidamente. Todo el mundo estaba contento en la posada, se habían formado nuevas costumbres, y ya cada cual se entregaba á sus nuevas ocupaciones. En fin, cada día llegó á nuestra pequeña colonia un nuevo contingente de placeres y de recíproca benevolencia. El tiempo era hermosísimo, y sir John no perdió una sola mañana para pasearse á caballo.

Pero el gran acontecimiento de la quincena ha sido la celebración del vigésimo aniversario del nacimiento de miss Davenne. La posada cuya fealdad ya comienza á olvidarse, ha visto maravillas y ha sido teatro de una actividad increíble. Se dió una gran comida á la que asistieron el conde de la vecindad y otras notabilidades, entre las cuales figuran el doctor Antonio, el alcalde, algunos consejeros municipales, y el juez de paz de Bordighera.

Esta comida fué suntuosa; el ex-cocinero del obispo de Albenga había hecho prodigios, y John para el servicio no tenía rival. El baron hizo los honores de un modo tanto mas afable, cuanto que no los hacia bajo un pié oficial, sino de incógnito en cierto modo, y con la negligencia de los grandes señores del mundo cuando tienen á bien dejar su corona y pasar por simples mortales. Sir John se consideraba colocado en la misma posición que cuando presidía la comida anual que daba á sus arrendatarios en Davenne.

Durante la noche Lucy hizo su entrada en la sala sobre su sillón. No necesitamos decir el efecto que su gracia y su hermosura produjeron en el espíritu proverbialmente entusiasta de los italianos. Antonio cantó algunas de sus mas alegres canciones sicilianas, que fueron aplaudidas con delirio. En suma, la fiesta estuvo tan brillante, que el doctor Antonio anunció de parte del baron, que este recibiría con gusto á todas las personas allí presentes, los miércoles y los sábados á las ocho de la noche.

Debemos hacernos cargo de una circunstancia muy importante, y es que aquella noche Antonio acabó de hacer la conquista del baron. ¿Era su traje negro de rigor y su corbata blanca, eran sus modales distinguidos ó sus talentos de sociedad, ó las tres causas reunidas las que ganaron el corazón británico de sir John? No podríamos decirlo, pero lo cierto es que triunfó por completo el doctor Antonio. El baron durante la comida y la soirée trató al doctor Antonio con una distinción marcada, llamándole públicamente « mi honorable amigo, » y en la conversacion íntima « mi querido amigo. » Llegó hasta el punto de declarar á Lucy que « si pudieran decidirle á que se afeitara, no haría mala figura en la mesa de un rey. »

Desde aquel día Antonio fué promovido al honor de cambiar apretones de manos con el baron, y á pesar de todas las protestas del doctor, John fué despachado todas las mañanas á casa de este último, con un saludo de sir Davenne y el diario de la víspera.

Dos brillantes soirées musicales como llama sir John á esas reuniones han tenido lugar en la posada en la semana última, y la tercera que se está preparando, excita una gran efervescencia en la vecindad. En diez millas á la redonda no se habla mas que de los conciertos del *milordo inglese*. Visitantes de Vintimiglia y de San Remo acuden á dejar tarjetas á sir John y á miss Davenne y una porción de personas solicitan la protección del conde y del doctor para que las conviden.

La dirección de la música corre á cargo del doctor Antonio, que es quien dirige la ejecución de los cuartetos. Los artistas, un bajo, un violín y un violoncelo, son todos dilettanti de Bordighera; Antonio hace el cuarto tocando alternativamente la flauta y la guitarra.

El cuartito de Hutschin se trastorna los miércoles y sábados en sala de refrescos, y contiene un ambigü bien surtido.

Sir John en esas noches rebosa de contento; su andar, su voz y su mirada dicen claramente:

— Yo soy el amo de todo esto.

Los demás días de la semana la sociedad de sir John se limita al conde y al doctor Antonio. Mientras se toma el té, sir John deja escapar algunas alusiones á las grandezas de Davenne Hall, y luego á las diez en punto comienza su partida de ajedrez con Antonio. Esta es la señal de la retirada para Lucy; en cuanto al conde no tarda en dormirse con un sueño mas ó menos interrumpido.

Sir John gana invariablemente dos partidas de tres, pues el doctor ha descubierto que el baron no puede perder mas de una partida sin perder al mismo tiempo su serenidad, y cuando está de mal humor, el padre de Lucy es insuportable.

Durante la quincena Lucy ha pasado casi todo su tiempo en el balcon. Desde que puede tomar el aire su salud se ha mejorado considerablemente. Se divierte en las soirées musicales primero porque la gusta la música, y despues porque no la desagrada el efecto que produce su persona.

¡Cosa singular! Lucy no parecía haber reparado nunca que era bonita, y solo ahora comenzaba á pensar en esto seriamente; ¡todos la demuestran tantas atenciones! Lucy es verdaderamente una reina en pequeño con su córte. En el dibujo hace grandes progresos, sobre todo en la figura. La gusta tanto este género, que mas de veinte veces ha bosquejado á Speranza que la sirve de modelo con una paciencia angelical. Es verdad que Speranza ya no es aquella jóven abatida y desanimada, sino que se halla como vuelta á la vida por un misterioso presentimiento que toca á su feliz desenlace.

Luego hay las lecciones de guitarra y las visitas del doctor Antonio, de modo que con todo esto las horas pasan rápidas para la enferma.

El maestro de dibujo la divierte tambien: es un hombrecillo muy fogoso y violento, ¡pero tan bueno y de una capacidad tan grande!

En cuanto al Dante, Lucy confiesa al doctor que es un pozo demasiado profundo para ella, mas sin embargo, persevera y saca lo que puede.

Dice con toda franqueza que ahora la vista que disfruta desde el balcon la causa mas placer que los primeros días; la parece, para emplear sus propias palabras, que todas las bellezas distintas del paisaje se han fundido en un todo grandioso.

El doctor toma los favores del baron tranquilamente, como un hombre que recibe lo que merece. Tampoco le han dado mas vanidad sus triunfos de director de orquesta. El doctor Antonio es siempre el mismo; si ha habido en él algun cambio, es cierto cuidado en su persona, tan poco perceptible sin embargo, que solo es capaz de descubrirle el ojo de una mujer.

Quizá su frac está mejor cepillado que antes; quizá sus cabellos y su barba están mas peinados, y el lazo de su corbata mejor hecho. Sus tareas musicales no le han hecho descuidar á miss Davenne; al contrario, cada día aumentan sus atenciones, hasta el punto que Lucy llegó á pensar que no existía en el mundo un hombre que se pudiese comparar con el doctor Antonio.

Tal era en resumen el estado bastante satisfactorio de las cosas y de las personas en la *Posada del Mattone* el 15 de mayo de 1840.

La mañana estaba hermosísima y acababan de dar las diez. Miss Davenne con un vestido azul claro estaba sentada en el balcon muy ocupada en sus dibujos. ¿La elección del vestido azul era puramente accidental, ó tenia por causa la observacion que hizo la víspera el doctor Antonio, que de todos los colores era el azul su color predilecto? No sabríamos decirlo.

Antonio estaba sentado tambien en el balcon y se tiraba con fuerza de la barba, señal de agitacion en los aires. Hutschin había entrado en el aposento para poner en agua un grueso ramillete de rosas que acababa de traer Antonio.

Contra su costumbre, entrambos jóvenes callaban porque no se les ocurría nada que decirse. Quizá Lucy estaba demasiado ocupada con su dibujo; en cuanto al doctor, se conocía que estaba conmovido. Su sangre fria le había abandonado completamente. Es la primera vez desde que hemos hecho su conocimiento que manifiesta los síntomas de una enfermedad que nadie podría sospechar en él, — la irresolucion. Tenia en la punta de la lengua una palabra ó una frase que temia pronunciar. De tiempo en tiempo se preparaba á levantarse, y luego volvía á caer sobre su silla.

Por fin, haciendo un esfuerzo heroico se levantó y dijo resueltamente:

— Miss Davenne, ¿quereis ver si podeis andar?

Al oír esto, las mejillas pálidas de Lucy, mas pálidas aun que de costumbre aquella mañana, se cubrieron de un vivo encarnado.

Como Lucy había declarado ya que antes de gastar muletas preferiría morir sobre su silla, llamaron á Hutschin para sostenerla por un lado, en tanto que el doctor la sostenía por el otro.

Lucy se levanta, se apoya en los dos brazos que la ofrecen y anda.

El corazón de Antonio late fuertemente.

— ¿Sentis dolor en alguna parte? la pregunta en voz baja.

— No, respondió Lucy; únicamente el tobillo está como dormido.

— ¿Y creéis que podriais andar sola?

— Me parece que sí, dijo Lucy volviendo hácia él su afable rostro.

— Probadlo pues.

El doctor y Hutschin soltaron suavemente á Lucy.

Antonio se quedó delante de ella con los brazos abiertos, dispuesto á cogerla, en la actitud de una madre que vigila los primeros pasos de su hijo querido.

Lucy comenzó á andar sola; dió un paso, dos, tres, cuatro, nada mas que cuatro, pero eran lo bastante para que el doctor pudiera estar seguro de que no cojeaba.

— ¡Victoria! gritó Antonio con tanta alegría, que Lucy y Hutschin se estremecieron.

Peró de repente se contuvo temiendo que su alegría manifestara la extension de sus temores y ocasionara á Lucy un choque retrospectivo.

Lágrimas de gozo asomaron á sus ojos cuando ayudado por Hutschin volvió á sostener á Lucy para llevarla otra vez al sillón, pues era preciso que no se fatigara. La fisonomía del doctor, radiante de emocion, su voz límpida y su risa franca habían hecho en aquel momento la conquista del hombre mas recalcitrante de la tierra.

Lucy le mira en silencio, le sigue incesantemente con los ojos del balcon á la mesita donde arregla los colores y los pinceles. Lucy no le dice una sola palabra, ni «gracias» siquiera, pues conoce que no podría decirle sin hacer otra cosa contra la cual está combatiendo.

Ni siquiera se atreve á alargarle la mano, como la aconseja su corazón, temiendo no poder contener la emocion que domina; pero sus dos ojos brillantes fijos en él dicen mucho mas de lo que podría expresar la boca.

Al cabo de media hora de descanso Lucy da otro paseo del balcon al canapé para estarse ya quieta hasta que volviera el doctor Antonio.

Estaba en este último paseo cuando entró sir John. Dejaremos que juzgue el lector si el buen humor que brillaba en los ojos del padre se oscurecía en presencia de lo que estaba viendo. Sir John tomó con presteza el puesto de Hutschin, y tomó el brazo de su hija extasiado al andar con ella cinco pasos para llegar al canapé.

No, respondemos de ello; jamás la sala de la posada había visto fisonomías mas alegres.

Cuando se calmó un poco la emocion producida por este incidente, sir John contó con mucha alegría la excursion que había hecho aquella mañana. Había estado en San Remo, y había visto una huerta preciosa donde había hallado un tesoro, unos naranjos sin rival en el mundo. El amo del jardín había puesto á su disposición todas las plantas, y era este amo un hombre tan distinguido, que él le había convidado para la reunion musical del día siguiente.

Despues de haber dado rienda suelta á su entusiasmo, y despues de haber abrazado con ternura á su hija, diciendo que tenia una fisonomía muy alegre, observacion que el doctor se guardó de contradecir, sir John se consagró á la lectura de sus cartas y de sus diarios.

Antonio se levantó, saludó á todos, y estaba ya en el umbral de la puerta cuando Speranza le cerró el paso; detrás de Speranza venia su madre, y ambas se precipitan como un huracan en el aposento.

Las dos mujeres lloran, sollozan, se encuentran sofocadas, y sin embargo no parecen personas sumergidas en el dolor. Speranza arrodillándose junto al canapé, estrecha las rodillas de Lucy y la cubre de besos y de lágrimas las manos y los piés.

Rosa, agitada con menos violencia, se detiene en medio de la sala, y con las manos cruzadas y alzadas al cielo no cesa de exclamar:

— Oh, caro! Oh, *Madonna santissima!* ¡Qué felicidad tengo en este día!

Despues le toca al doctor Antonio y luego á sir John, que reciben abundantes besos bañados de lágrimas.

— ¡Esta muchacha se ha vuelto loca, exclamó sir John atónito, encarnado como un tomate y retirando su mano con presteza.

— Sí, dijo Antonio, loca de alegría. Battista ha llegado, ¿no es verdad?

Speranza responde con una sonrisa afirmativa y con otro torrente de lágrimas; se apodera de la mano de Antonio, lleva al doctor hácia el balcon, donde Rosa los sigue y luego los tres desaparecen.

— ¡Qué necios son con sus demostraciones estos italianos! exclama el baron de mal humor, como queriendo protestar contra su emocion momentánea.

— Está en su naturaleza sentir y expresarlo así, dijo Lucy.

— De eso me quejo, exclamó el padre.

— ¿Y porqué?

— Porque toda demostracion de sensibilidad hecha de esta manera, respondió sir John con un tono seco, rebaja la dignidad humana y supone frivolidad. Siempre he oído decir que los sentimientos profundos, así como los rios profundos, hacen poco ruido.

— Pero en esta ocasion, añadió Lucy, nadie puede poner en duda la realidad de los sentimientos de la pobre Speranza, y vos mismo habeis participado de la emocion, porque he visto brillar lágrimas en vuestros ojos.

— ¡Lágrimas en mis ojos! repitió sir John con desprecio; ¡tontería!

Y tomando el *Times* le puso de pantalla entre su semblante y la mirada escudriñadora de su hija.

Antonio volvió al cabo de un instante, y añadió que

Battista, queriendo cumplir con su deber, solicitaba el honor de ser admitido á presencia de sus bienhechores.

— Sí, si, que entre, exclamó Lucy con presteza.

Las jóvenes de veinte años, sea cual fuere su posición social, tienen siempre un poco de curiosidad por conocer al héroe de una aventura amorosa; ora lleve un manto duca!, ora una blusa de marino.

— Sí, que venga y acabemos, añadió sir John; pero no quiero una segunda edición de lágrimas y de besos en las manos.

— Creo que ahora no sucederá nada, dijo Antonio; las mujeres están calmadas ya, y según creo, Battista no es inclinado á la ternura.

— Mejor para él y para nosotros, murmuró sir John; he tenido hoy bastante de esas cosas para todo lo que me queda de vida.

En aquel momento el héroe del día, un mozo de veinte y dos años, sólidamente constituido, de estatura ordinaria, muy moreno, guiado por Speranza y empujado por la madre, hizo su entrada un poco triunfal, y con paso lento y vacilante se acercó al canapé donde estaba Lucy.

La joven inglesa, comprendiendo la confusión del pobre marino, le recibe con bondad y le dirige algunas palabras afables.

Battista alza los ojos, lanza una exclamación y se quedó cortado un instante. No hay duda que habría echado á correr sin Rosa y Speranza que le detienen. Entonces busca en su derredor, clava la vista en el fondo de su gorro encarnado que da vueltas en sus manos y mira á todas partes excepto á Lucy. A la verdad menos le impondría á Battista el mar alborotado que aquellos ojos azules.

— ¿Has perdido el juicio? le preguntó Antonio. ¿Nada tienes que decir á esta señorita que ha sido para tí una segunda providencia?

Battista hace vanos esfuerzos para hablar; por fin, en medio de sonidos inarticulados, se le oye que dice muy bajo:

— ¡Es la Madona!

Y al punto cae de rodillas.

Diga sir John lo que quiera, dudamos que se haya rendido nunca un homenaje mas profundo á la pureza y á la hermosura terrestres.

Antonio comprendió la necesidad de cortar una escena que, en razón de la sinceridad de sentimientos del pobre muchacho, era embarazosa para todos.

Acercándose pues á Battista, le levantó y le dijo:

— Está bien, eso basta; esta señorita sabe lo que quieres decir. Vámonos ya, que otro día daremos las gracias.

Y pegándole unas palmadas en el hombro, el doctor se llevó fuera del cuarto al joven turbado y confuso, seguido de las dos mujeres no menos atónitas.

Suplicamos al lector que crea que lo que precede no es un cuadro imaginario, sino una escena copiada al natural. Si no la hubiéramos visto por nuestros propios ojos, jamás nos habría ocurrido escribirla. Por lo demás, comprendemos muy bien que un joven italiano, sencillo, ignorante, pero lleno de imaginación, en quien toda noción de lo que es bello y gracioso se halla personificada en la imagen de la Madona, esto es, en una bonita figura con cabellos rizados y un manto azul; comprendemos, decimos, que un joven en tales condiciones, puesto de repente cara á cara con tan suave muestra de mujer como aquella joven inglesa, la identifique inmediatamente con el tipo de hermosura y de gracia que ha aprendido á reverenciar desde su infancia.

La especie de alucinación de Battista tardó algun tiempo en disiparse á despecho de las explicaciones de Antonio y de los sermones de Speranza, que estaba avergonzada de verle hacer, como ella decía, el papel del tonto.

Battista no tenía mas que un argumento; pero con él hacia frente á todas las objeciones: ya la había visto, estaba bien seguro, y ella le había hablado y le había dicho que era la Madona. Fué, dijo Battista, en una noche terrible, en medio del mar, cuando rendido de cansancio por haber trabajado en la bomba, se había tendido sobre un cable enroscado y se había dormido. La Madona le apareció durante su sueño y le dijo con ojos resplandecientes: «¿Esa es tu devoción á la Virgen que te acuestas sin rezarme una *Salve*?»

En esto Battista se despertó, se levantó, rezó sus oraciones como de costumbre con la *Salve*, y se durmió de nuevo.

Pero otra vez le apareció la Madona y en esta ocasión con ojos sumamente suaves, y le dijo con una voz muy bondadosa:

«— Battista, eres un buen muchacho; mientras tengas confianza en mí nada malo te sucederá; ten valor, que volverás á Bordighera.»

Que le creyeran ó no, a Battista poco le importaba; él repetía una y mil veces que la voz que había oído, los cabellos, los ojos, el semblante que había visto en la sala de la posada, eran la voz, los cabellos, los ojos y el semblante de la aparición nocturna que en el mar había tenido.

Battista lo habría jurado; nada faltaba, ni siquiera el vestido azul.

— Tenemos que ayudarles á que se casen, dijo Lucy por la tarde al doctor.

— ¿De veras? exclamó Antonio con alegría; pues yo pensaba que eso vendría bastante pronto por sí solo, sin que nosotros nos ocupáramos del asunto.

Lucy hizo un movimiento de impaciencia.

— Ya sabeis lo que quiero decir, exclamó; ¿no me

habeis dicho vos mismo que Rosa se hallaba en mal estado en cuanto á recursos? ¿no es un hecho que Battista perdió todo cuanto poseía? Pues entonces, me parece que es muy sencillo pensar que necesitan nuestra ayuda para casarse.

— No habeis en plural, repuso Antonio, pues por mi parte no puedo hacer otra cosa que felicitarles.

— Algo mas, exclamó Lucy con presteza; ¿podeis ocuparos de ellos, gastando tiempo y trabajo; es preciso que averigüeis á cuánto asciende el total de sus deudas.

— La cantidad es crecida, respondió gravemente Antonio.

— No importa, dijo Lucy; mi padre me la dará, y si no le diré que mas habría valido dejar á Battista á bordo de su buque y no haber engañado á Speranza.

Antonio solo respondió con una sonrisa, pero en el fondo de su corazón y sin que ella oyera nada, Antonio bendecía á Lucy.

Un día que había principiado bajo tan felices auspicios, un día tan fecundo en suaves emociones para la mayor parte de nuestros personajes, debía acabar y acabó de un modo digno del principio.

Por la noche á las doce hubo una serenata; eran los *dilettanti* de Bordighera, que inspirados por el doctor Antonio se habían reunido bajo el balcón para felicitar á miss Davenne.

Sir John que no estaba acostado todavía, bajó al jardín para dar gracias y fué recibido con aclamaciones. Bien luego circularon entre los músicos bandejas cargadas de vasos y botellas, y es de advertir que entre los músicos había muchos aficionados que se habían reunido á la fiesta y que llenaban el jardín.

Por detrás de las celosías Lucy disfrutó de un gran placer con aquella serenata; pero lo que procuró á miss Davenne una emoción infinitamente mas dulce que las oberturas de la *Gazza* y del *Barbero*, fué una romanza cantada por tres voces, entre las cuales había una de bajo suave y sonora, tan cara á sus oídos como á su corazón. Era una canción popular de la Riviera, de una melodía deliciosa. Por eso Lucy en esta ocasión se entregó sin violencia á lo que había combatido tan valerosamente aquella mañana, y se fué á su lecho llorando. Sin embargo, estas lágrimas no la desolaron, pues se durmió con un sueño apacible y profundo.

XII.

— Mirad qué hermosa alfombra ha extendido la naturaleza á vuestros pies, decía Antonio algunos días despues, conduciendo á miss Davenne al jardín.

El viento había soplado durante la noche, y la tierra estaba cubierta con una capa de flores de naranjo y de limonero, alfombra de nieve, sobre la cual se destacaba un esmalte de amapolas.

— ¿Me ofreceréis otra como esta cuando vaya á Davenne?

— No será tan rica ni brillante, respondió Lucy; sin embargo, continuó con cierto orgullo, en Davenne hallareis en todas las estaciones lo que no se encuentra en mi país, un césped inglés tan suave como el terciopelo y de un verde inimitable.

— Le admiraré de todo mi corazón, dijo Antonio; hasta me siento dispuesto de antemano á admirar todo lo que es inglés.

— ¿De veras? repuso Lucy con alegría; ¡oh! entonces, id pronto á Inglaterra, yo seré vuestro cicerone.

— En ese caso no debo ir en mucho tiempo, dijo el italiano changeándose; ¿habeis olvidado que debéis permanecer aquí á construir una casa para no sé quién?

— Bien lo desearia; con gusto pasaria aquí toda mi vida, respondió Lucy con sencillez.

— ¿Hablaís formalmente? exclamó Antonio con voz conmovida y el rostro muy encarnado.

Lucy le miró.

— Pero no podeis, añadió gravemente y con desaliento; bien sabeis que no podeis... ¿qué se diría si la hija de sir John Davenne abandonase el puesto que la pertenece en la sociedad para enterrarse en una oscura aldea de Italia?

Aquí hizo una pausa el doctor, que quizá solicitaba una respuesta, y luego continuó diciendo:

— La elevación y la riqueza son cadenas de oro, pero al fin son cadenas. ¿No fué Séneca quien dijo que una gran fortuna era una gran servidumbre?

— Temo que no haya dicho la verdad, respondió Lucy con un suspiro que no pudo comprimir.

Entramos jóvenes continuaron su paseo en silencio. Era un gusto el verles andar el uno al lado del otro, Antonio midiendo su paso por el de Lucy y sosteniéndola con tierna solicitud, y Lucy apoyándose en el brazo de Antonio, confiada y dichosa. Ambos eran jóvenes, hermosos, elegantes; ambos tenían el sello de distinción que caracteriza á las naturalezas privilegiadas, y con tantos puntos comunes, cada cual sin embargo, tenía un tipo bien distinto: Lucy resplandeciente de tonos dorados y rebosando suavidad; Antonio cubierto de tintas sombrías y respirando la energía; la joven inglesa inclinando graciosamente su cabeza de querubín como una flor que reclama un tutor, el italiano con la suya erguida y altanera; el andar de la conveiente ligero y en cierto modo infantil, el del médico firme y seguro como si hubiese tomado posesión á cada paso del terreno que pisaba. ¡Contraste y armonia á la vez! ¡Union de la fuerza y la fragilidad! Cada rasgo del uno servia para hacer resaltar los rasgos del otro; el diamante negro destacaba su luz

sobre la perla de Oriente, y la perla á su vez prestaba su dulzura al diamante negro!

En tanto que el doctor Antonio y miss Davenne, á despecho de los suspiros y de los malos presentimientos, saboreaban respectivamente la felicidad de aquel primer paseo matutino, ponian sin quererlo en un apuro cruel á un testigo casual de su paseo. Battista pasaba naturalmente los días en la posada, y bajaba largos ratos al jardín, donde fumaba en su pipa y miraba á miss Davenne á escondidas, probablemente para aclarar las dudas que conservaba aun respecto á ella, pero habiéndose quejado sir John del olor de tabaco que infestaba sus aposentos, Battista había renunciado á la pipa, sin renunciar por eso á su sistema de observaciones que proseguia con perseverancia mascando su tabaco á guisa de consuelo.

Ahora bien, como Lucy no había salido hasta entonces de la casa, el novio de Speranza no la suponía tan cerca del lugar que él se había elegido. El pobre mozo, cortado y confuso, se había apresurado á esconderse tan lejos de los dos paseantes como se lo permitian los estrechos límites del cercado, esperando poder salir en cuanto ellos hubieran vuelto hácia la casa.

Pero estos, en vez de operar la retirada continuaron su paseo y le cortaron la huida que meditaba por la puerta del jardín, no dejándole otra alternativa que encontrarse con ellos, lo que no queria, ó esconderse vergonzosamente detrás del tronco de un árbol, que es lo que hizo.

Por desgracia la mirada penetrante del doctor no tardó en descubrir al escondido.

— Mirad á vuestro esclavo, dijo Antonio; mirad cómo se oculta detrás de aquellos árboles para evitar vuestra presencia. ¿Vamos á él? Obligüémosle á que salga.

— No, respondió Lucy pensativa.

— ¿Estais cansada? ¿Quereis sentaros? preguntó Antonio.

— No, gracias, todavía no; prefiero continuar un poco mas.

Y prosiguieron andando, Lucy siempre meditabunda.

— Suponed, exclamó de repente, que vais á Londres y que allí os estableceis...

Antonio la miró con una sorpresa visible.

— Supongámoslo, respondió; ¿qué gran beneficio me resultaria?

— Con vuestros talentos, con vuestra ciencia médica y el interés que os tiene mi padre, en breve podríais adquirir una buena clientela y hacer fortuna.

— ¿No hemos convenido, dijo Antonio sonriendo, en que la fortuna puede ser una cadena?

— Es verdad, repuso Lucy un poco confusa; sin embargo, me parece muy natural que el hombre trate de mejorar su posición.

— Convenido; ¿pero mejorará mi posición la fortuna? exclamó Antonio con aire de duda; ahí está la cuestión. Admitamos que no existen las dificultades prácticas del plan que proponeis; supongamos mas, supongamos que mi fortuna está hecha, por consiguiente yo soy rico. ¿Y con qué objeto? ¿Y ante todo, á qué costa? A costa de un destierro. á costa del sacrificio de todos mis gustos, de todos mis hábitos, de todo lo que me regocija el corazón y los ojos, de mi lengua materna, de este sol tan hermoso, de este mar azul, de estos bosques de naranjos que me traen el recuerdo perfumado de mi dulce Sicilia. Todas esas cosas, pérdida ligera para muchos hombres, lo seria muy cruel para mí... sin embargo de que la podría soportar si el objeto estuviera al nivel del sacrificio. Ahora bien, ese objeto es precisamente lo que me falta; mi madre á Dios gracias, tiene bastante para ella; mis demás parientes son ricos. En cuanto á mí, no veo qué felicidad podría darme la fortuna.

(Se continuará.)

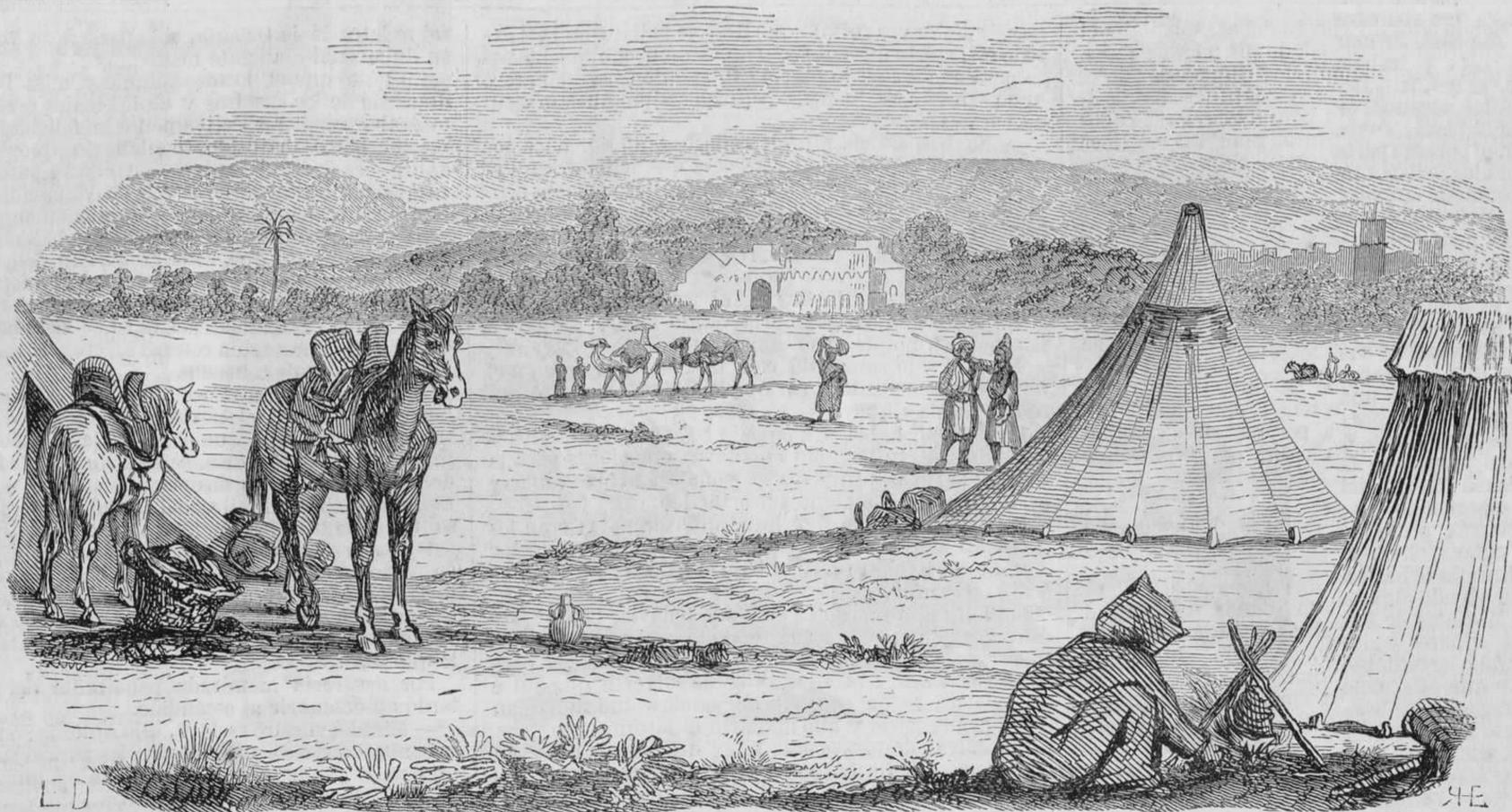
El imperio de Marruecos.

(Conclusion. — Véanse los números 372 y 373.)

ALKASSAR-EL-KEBIR. — MEQUINEZ. — EXPEDICION DE BADA AL IMPERIO DE MARRUECOS: MAZAGAN Y MOGADOR. — FONDEADERO DELANTE DE SALÉ Y RABAT. — MELILLA.

Alkassar-el-Kebir es un pueblecillo de 5,000 almas que se encuentra en el camino de Tánger á Mequinez y á Fez. Toda la población está rodeada de huertas que siguen el río hasta El-Arraich. Las casas son de ladrillos con techumbres de tejas. Casi todos los tenderos son moros, y hay muchos talleres en los que trabajan los judíos. Ninguna casa tiene ventanas exteriores, y apenas se puede transitar por las calles que son muy estrechas y muy sucias. Alkassar-el-Kebir fué construido en el siglo XII, y debe su origen al emperador El-Mansour, en recuerdo de la hospitalidad que había recibido de un pescador una vez que se perdió cazando. Este príncipe hizo construir, en el mismo sitio que ocupaba la cabaña, un hermoso palacio cuyo guardian fué el pescador, y en derredor de ese edificio se fueron levantando las casas.

MEQUINEZ, á 56 leguas Nordeste de Marruecos, está situada en un delicioso y dilatado valle, fértil y bien regado. Presenta un aspecto elegante, está ceñida de un triple recinto de muros de 17 pies de altura sobre 4 de espesor; contiene hermosas mezquitas y un palacio que casi ocupa la mitad de la ciudad, y que es el mejor del imperio; el soberano reside en él con frecuencia; es el único monumento de estilo moro; el temblor de tierra



VISTA DE ALKASSAR-EL-KEBIR, dibujo de M. E. Delacroix.

que destruyó en parte á Lisboa, le causó tambien algunos estragos. En Mequinez no se cuenta mas que un solo género de industria que sea considerable, y es la fabricacion de loza pintada de diferentes colores que se emplea para cubrir las paredes y enlosar las habitaciones. Esta ciudad es una de las moradas mas deliciosas del imperio, se respira en ella un aire salubre, los hombres son algo atentos, y las mujeres disfrutan un poco de libertad. Su poblacion está calculada de 70 á 100,000 habitantes. Las cercanías producen frutas y exquisitas legumbres. Esta ciudad debe su engrandecimiento y su hermoso palacio á Muley Ismael, quien la erigió en capital del reino de Fez, parte setentrional de sus Estados.

Un ilustrado escritor español, don J. Galven, que ha visitado últimamente la mayor parte de los puertos de la costa occidental de Africa, desde Mogador hasta Tánger, hace las siguientes observaciones sobre un libro titulado *Descripcion de Marruecos*, cuya publicacion ha obtenido un gran éxito en España:

«El único europeo que hasta ahora ha podido recorrer con completa tranquilidad y detenimiento el imperio de Marruecos, llevando los instrumentos necesarios para hacer observaciones y obtener datos precisos, es el sabio español don Domingo Badía, y aunque su obra es todavía la mas completa que se conoce, deja sin embargo bastante que desear.

La famosa expedición de Badía, favorecida y protegida con grandes recursos por el príncipe de la Paz, debió haber sido para exclusivo conocimiento y provecho del gobierno español; pero las circunstancias en que se encontró la nacion con motivo de la invasion francesa, fueron causa de que Badía hiciese de sus trabajos una especulacion de librería. Se hallaba el autor en París bastante escaso de recursos, y para adquirirlos honradamente, publicó sus viajes, sacrificando hasta cierto punto la exactitud y precision científica, á la necesidad de excitar la atencion pública con el auxilio del género novelesco. Este es el principal defecto de la obra de nuestro eminente compatriota. De los franceses se conocen multitud de publicaciones, siendo sin disputa una de las mas apreciables, la que con el título de *Recherches géographiques sur le Maroc* publicó hace pocos años M. Renou. Tambien los ingleses han escrito bastante sobre Marruecos, y entre ellos se distingue M. Drummond Hay, padre del actual encargado de negocios de S. M. B., y que con el mismo carácter residió durante muchos años en Tánger, en cuyo tiempo hizo algunas

excursiones á la corte del emperador, aunque siempre muy vigilado y teniendo que sufrir hasta en su persona y equipaje minuciosas pesquisas.

Las costas están perfectamente exploradas, encontrándose en igual caso las poblaciones del litoral. En el día hay dos vapores, uno francés y otro inglés, que las recorren mensualmente desde Mogador hasta Tánger. Los pasajeros europeos desembarcan sin formalidad de ninguna especie, y son recibidos en ellas con consideracion y hasta con respeto. En los judíos encuentran siempre discretos cicerones, y de todo pueden enterarse á su sabor. Lo único que les está vedado es la entrada en las mezquitas, habiendo acontecido que varios ingleses, sobre todo, han pagado bastante cara su excesiva curiosidad. No pasan sin embargo los maleficios de puñetazos y puntapiés, con aditamento de alguno que otro palo.

con efecto, de una grandiosidad tanto mas admirable, cuanto que todo lo que la rodea es raquítico y miserable. Consta de tres naves; las columnas son sumamente ligeras, y en sus chapiteles y arranques de las bóvedas se ven calados primorosos. Tiene tambien su correspondiente linterna en la bóveda central. No se concibe que en una obra subterránea se emplearan tantos caprichos de ornamentacion. Una de las particularidades, que nadie explica satisfactoriamente, consiste en la abundancia de agua que allí se encuentra de tiempo inmemorial, con la circunstancia de ser riquísima y muy agradable al beber. El vicecónsul de Inglaterra, á cuya casa pertenece la cisterna, ha tratado de aprovechar el agua en el riego; pero el gobernador se lo ha impedido, diciéndole que es de propiedad del emperador, y el resultado es que nadie saca partido de ella.

Mazagan posee además otro monumento de mucho valor arqueológico. Es un edificio que fué convento de frailes franciscos en la época de la dominacion portuguesa. Todavía existe en pié el campanario. El vicecónsul de Inglaterra ha conseguido que el emperador se lo cediera y lo está convirtiendo en casa para su uso, con mengua del arte y ningun provecho de su bolsillo, pues habiendo tenido que hacer huecos en los muros, eran estos tan extraordinariamente sólidos, que la obra le ha costado dos ó tres veces mas que si la hubiera hecho de nueva planta. De la iglesia ha sacado muchas losas sepulcrales con inscripciones la mayor parte de ellas latinas, y con abandono, bien poco británico, las deja á merced del que quiera llevarlas ó las emplea en cerrar una alcantarilla de aguas negras. Del antiguo edificio solo quedará en pié un pórtico de bella arquitectura con columnas jónicas.

Hay además en Mazagan otras cosas dignas de mencion, tales como los cimientos de una nueva poblacion que los berberiscos trataron de fundar cuando, al abandonar los portugueses la que en el día existe, la dejaron medio arruinada. La nueva ciudad debió haber sido levantada en un llano á doscientos pasos de la antigua.

Entre los edificios comenzados se distingue el cuadro de una inmensa mezquita con muchos pilares, y cuyas paredes exteriores están levantadas hasta la primera imposta. Son de sillería muy bien labrada y asentada, deduciéndose de aquí que el arte de la construccion ha caído mucho entre los moros, pues para las obras de que dejo hecho mérito ha tenido el vicecónsul que emplear maestros y aun oficiales de Gibraltar. No lejos de la comen-



VISTA DE MEQUINEZ, dibujo de M. E. Delacroix.

Hablando, por ejemplo, de Mazagan, hacen mencion los señores Coello y Arteché de una magnífica cisterna provista abundantemente de agua, y me parece que nada hubieran perdido en añadir que esta obra pertenece al género árabe en su mayor pureza y esplendor. Es,

zada mezquita se encuentra la aduana y se ven otros edificios, de manera que abarcándolos todos, se podría formar á muy poca costa y trabajo un excelente campo atrincherado. Fuera del alcance de los fuegos de la plaza, cuyos muros se hallan por otra parte muy deteriorados, existe una playa con fondo de arena y muy limpia, por donde con gran facilidad y holgura podría verificarse un desembarco de tropas.

El terreno es llano y despejado, y el cañon lo barrería en todas direcciones, dado el caso de que los árabes se acercasen. Doblando una colina arenosa de muy poca elevacion, que se presenta á un cuarto de legua de la costa, aparece á los ojos del viajero un espectáculo encantador. Tierras perfectamente cultivadas, olivares, melonares y huertas le harían creer que está viendo alguna comarca del Mediodía de España, si los aduares y las tiendas del árabe errante no le recordasen que pisa suelo africano. Mazagan hace bastante comercio de granos, y su mercado se encuentra bien surtido. En las épocas del tráfico pocas veces se corta, durante el día, la hilera de camellos que desfilan en una y otra direccion por el camino de la costa. En agosto



COSTUMBRES DE MOGADOR. — MUSICOS JUDIOS DE MOGADOR, por M. E. Delacroix.

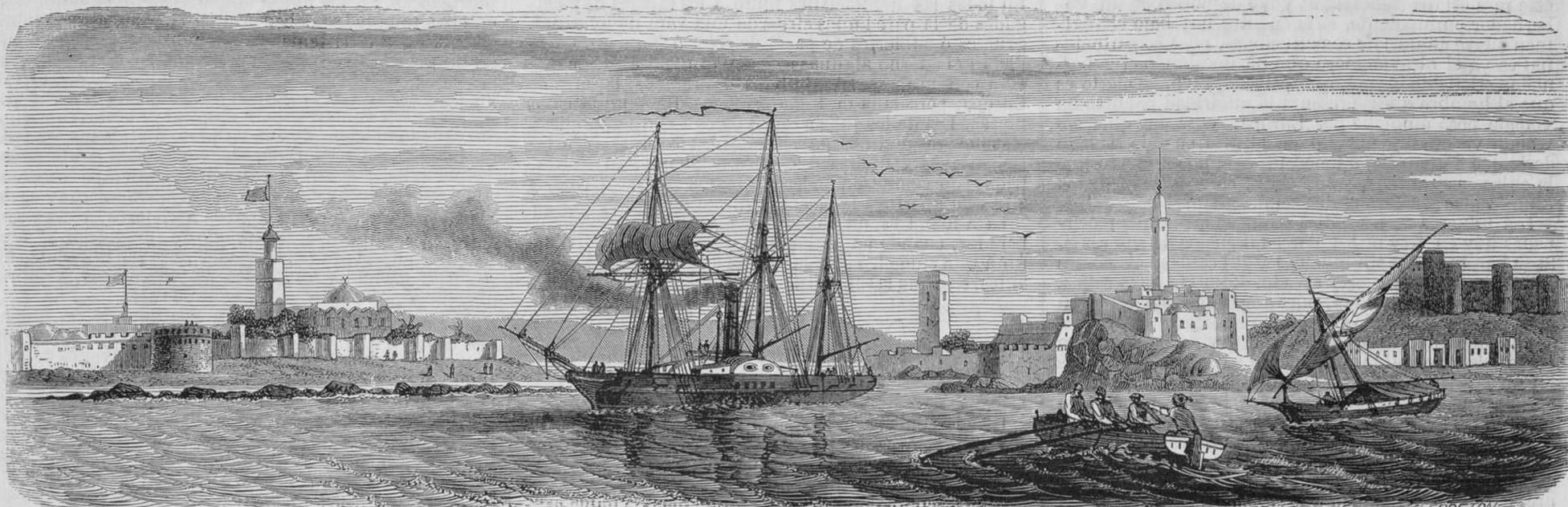
Oeste, valia 8 rs. y 18 la de trigo; pero como está gravada la exportacion con enormes derechos, era muy corta la que se hacia. No habia en el puerto mas que dos ó tres barcos á la carga.

Algo de lo que digo de la descripcion ó noticia de Mazagan es aplicable á la de Safi. Tambien la encuentro excesivamente concisa, pues en mi concepto merecia particular mencion un palacio situado en la parte superior del pueblo, y que lo corona, dándole, visto desde el mar, un aspecto de grandeza que está muy lejos de merecer, pues abundan en él las ruinas. El palacio recuerda en algunas de sus habitaciones y detalles al de la Alhambra de Granada. Por supuesto que está completamente abandonado. Su existencia revela en todo caso que el buen gusto arquitectónico brilló durante algun tiempo en el imperio marroquí.

Mogador es la poblacion mas moderna de la costa, pues fué erigida en 1760. Sin embargo, no hay ni un solo edificio de mediano aspecto; las calles son por lo general algo mas anchas que en las demás poblaciones berberiscas, aunque no mas limpias. No es posible formarse una idea exacta de la falta de aseo de los moradores de la costa, así en sus persona

de excelente calidad, aunque algo mas menudo que el que se da en nuestras provincias del Norte y del

aseo de los moradores de la costa, así en sus persona



FONDEADERO DELANTE DE SALE Y RABAT, EN EL IMPERIO DE MARRUECOS.

como en sus casas y parajes públicos. En las calles se ven montones de basura, y no es raro el espectáculo de animales muertos. A pesar de todo, dos médicos europeos, uno español y otro maltés, que residen en Mogador, aseguran que la poblacion es muy sana. Sin duda purifican la atmósfera las fuertes y continuas brisas del mar.

El gobernador actual de Mogador, que ha viajado algo por Europa haciendo el comercio, y habla un poco el francés, asegura que se ha dado y se da muchas penas para introducir un tinte de policia urbana, jactándose de haber conseguido algo. Si el gobernador dice verdad, es de inferir que Mogador seria antes un estercolero. La poblacion está dividida en cuarteles, cada uno de los cuales se encuentra cerrado por altas paredes, comunicándose entre sí por medio de grandes puertas, cuya guarda y vigilancia ejerce un moro, á quien dan el nombre de gobernador chico, y que de ordinario está gravemente sentado en el suelo sobre una estera.

Los judíos quedan encerrados de noche en su barrio. El número de seres humanos y el de irracionales que en él se albergan es infinito, atendida su extensión. La

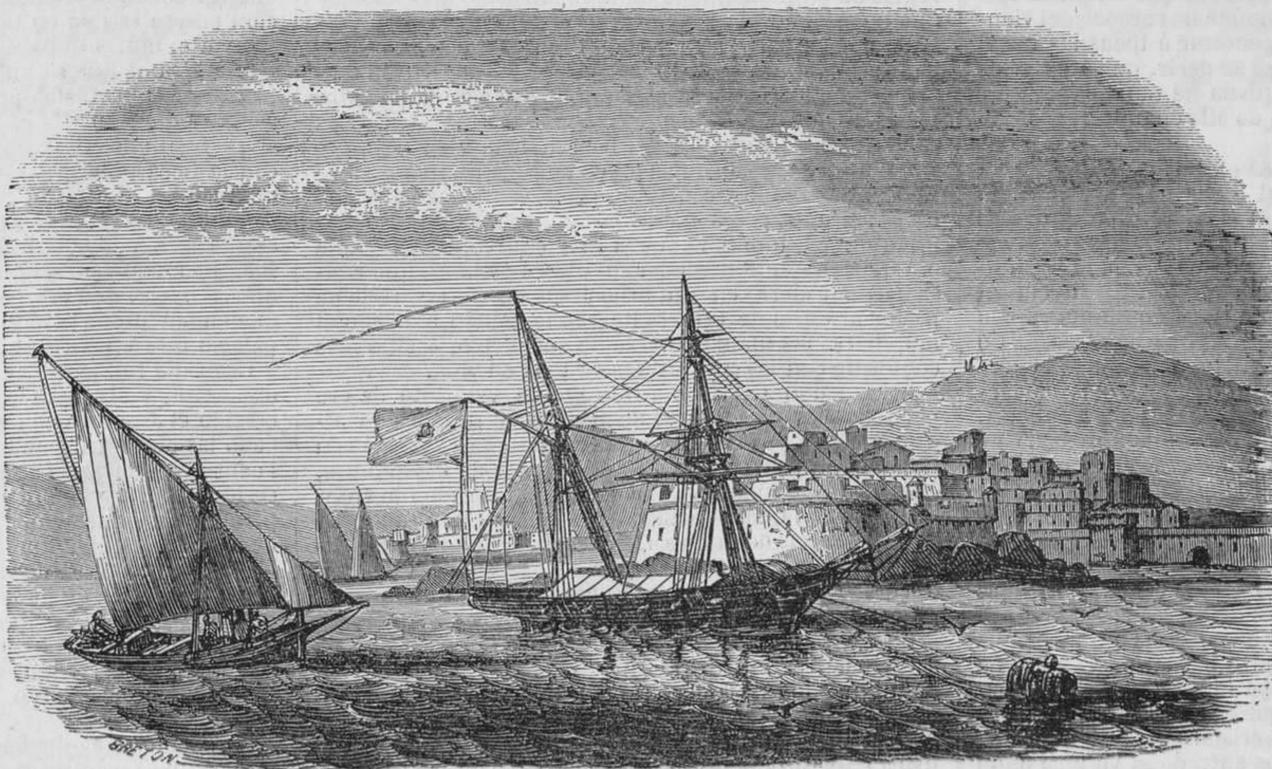
la naturaleza los ha hecho. En ninguna parte del litoral se descubren obras hidráulicas. Si los portugueses construyeron algunas, ó las destruyeron al retirarse ó el

gente hormiguea en unas calles estrechas, tortuosas y sucias; las casas son fementidas pocilgas y las habitaciones no tienen punto de comparacion sino con las mas asquerosas de los gitanos.

Hay entre el sexo femenino tipos de extraordinaria belleza, aunque la excesiva gordura abulta mucho las facciones de las jóvenes. Dicen ellas que las flacas no encuentran fácilmente marido, y para conjurar esta calamidad procuran tomar carnes, alimentándose, en vez de pan, con una masa sin cocer, hecha con harina de maiz y de trigo. La soban entre ambas manos y la tragan en forma de bola sin masticar. En algunas provincias de España suele hacerse lo mismo con los pavos y capones para cebarlos.

Cuando se habla de puertos, radas y bahías, es necesario tener entendido que son tales como

los que se ven en la ilustración.



VISTA DE LA PLAZA DE MELILLA.

tiempo las ha hecho desaparecer; así es que siendo la costa muy baja, ni aun los botes planos pueden atracar á la orilla. Los pasajeros tienen que saltar irremisiblemente á tierra ó con agua á veces hasta la cintura, ó en hombros de alguna acémila humana. Como este oficio es demasiado degradante para la altivez de los moros y árabes, los judíos son los únicos que lo ejercen.

A la llegada de los pasajeros, una multitud de hebreos rodean el bote gritando: *Yo soy muy fuerte, yo soy buen caballito*, y el pasajero que se descuida suele verse arrebatado y conducido por el primero que asió de él. La concurrencia entre los conductores suele también ser peligrosa, pues á veces se disputan entre sí la carga en medio del mar. La paga no es mucha: con dos reales se dan por muy servidos, y tampoco quedan muy descontentos con uno y aun con menos. La miseria de estas pobres gentes solo es comparable con la avaricia de los de su raza. Tienen un modo de pedir muy plañidero, empleando para ello lamentos capaces de conmovir las piedras.

— Publicamos una vista del fondeadero delante de Salé y Rabat, poblaciones del imperio de Marruecos, la primera de 23,000 almas y la segunda de 27,000, con una vista de Melilla, sobre cuya plaza nada diremos aquí, remitiendo al lector á nuestro tomo II, pág. 663, donde insertamos un artículo ilustrado sobre los presidios españoles de la costa setentrional de Africa.

En el número próximo daremos la entrada de nuestras tropas en Tetuan, con los documentos oficiales relativos á la brillante victoria del día 4 que motivó la rendición de la plaza; entre tanto adelantándonos hoy, ofrecemos aquí una curiosa descripción que hace de la ciudad de Tetuan un testigo ocular, el señor Mola y Martínez, que penetró en sus muros con las tropas españolas.

« Es tanta la inmundicia que hay por todas partes, dice el señor Mola, y la pereza de los habitantes de Tetuan es tan grande, que á pesar de la actividad del general Rios, pasarán todavía algunos días antes de que se pueda transitar por este laberinto sin nadar por encima de montones de basura.

Por de pronto, la ciudad de Tetuan que el día 4 de este mes estaba sometida al yugo despótico de un gobernador omnipotente, se encuentra hoy bajo el régimen suave de un jefe constitucional, pues constitucional es ya el alcalde moro que ha nombrado el gobernador cristiano. Tenga ó no este adjetivo, lo cierto es que el hombre que representa la autoridad popular ha viajado poco ó mucho por Europa, y se ha quedado viendo visiones y absorto de alegría cuando ha oído decir que Tetuan iba á tener un camino de hierro que la enlace con el mar, y sus calles oscuras y tortuosas alumbradas con faroles de aceite.

Las mujeres de los judíos acomodados estaban ocupadas hoy en fregar los floreados suelos de sus casas. Si se han quedado sin muebles y sin camas, al menos dormirán sobre un piso aseado. Respecto á las calles, la empresa es mas árdua, pues creo que se conserva en ellas el barro que dejó el diluvio universal.

La ciudad de Tetuan es tan bonita vista desde afuera como triste examinándola desde su interior. Consiste en un laberinto de calles que dan mil vueltas, que se cortan y cruzan á cada paso para dar entrada á una multitud de callejuelas sin salida, que son la desesperación del que lleva prisa. Su aspecto es puramente árabe, pues se ve que ha rechazado siempre toda mezcla de arquitectura europea. A cada paso se encuentran arcos y bóvedas que dan á la población ese aspecto lúgubre que caracteriza á las ciudades musulmanas. Comprendo que esto puede ser una necesidad en los climas cálidos, pero un europeo parece que no puede respirar sino en calles espaciosas donde no caracolee el viento, y en las cuales puedan penetrar á todas las horas del día los rayos del sol. De mí sé decir, que á pesar de ser Tetuan una población pequeña he tenido que pedir auxilio á los judíos para salir de ella cuando he querido volver al campamento.

La ciudad en su longitud se extiende casi de Este á Oeste, torciéndose un poco al Sur por la parte baja. Está dividida en dos trozos. El primero, que es el mas bajo, corona la cúspide de una colina redondeada, estrechándose por el Oeste como para dar salida al segundo trozo de población, especie de arrabal ó ciudad antigua que se empieza por una cuesta bastante rápida en forma de escalinata, el cual corona la Alcazaba ó castillo, fortaleza morisca irregular, defendida por torreones almenados, en los que en tiempos mas modernos se han abierto troneras para piezas de artillería. Aun cuando circuye el todo una muralla almenada de regular elevación, la ciudad no merece el nombre de plaza fuerte, pues bastaría la artillería de montaña para abrir brecha en cualquiera parte del muro. En caso de haber intentado defenderse, Tetuan hubiera sucumbido á las pocas horas.

Hoy he recorrido las calles y he visitado muchas mezquitas y casas particulares de moros ricos, sin descuidar las de las autoridades y edificios públicos. La mezquita principal es un cuadro bastante grande. La primera mitad la ocupa un patio en cuyo centro hay una concha de piedra de la que sale murmurando suavemente un chorro de agua cristalina. A la izquierda de la puerta por donde hemos entrado se ve otro pilón con tres caños de agua metido debajo del pórtico. La otra mitad del edificio la constituyen cinco naves de siete arcos cada una, formando media ojiva, asentados sobre anchos pilares de cal y canto blanqueados como todas las paredes del edificio. El pavimento está cubierto de esterilla de paja, y el techo es un artesonado

bastante deteriorado. El suelo es todo de mosaico, y las puertas de una especie de capillas interiores en las cuales se depositan las ofrendas ó se guardan objetos del rito, están esculpidas artificialmente por medio de vivos colores. Pendientes de las naves y del centro de los arcos se ven varias lámparas, y en uno de los ángulos del edificio se eleva una alta torre cuadrada desde la cual el *muezzin* llama á los fieles á la oración.

Hay en la ciudad otras muchas mezquitas, que si bien se diferencian de la principal en la figura y en la capacidad, — hay algunas sumamente reducidas en las cuales se venera el sepulcro de algun santón, — todas cuentan las mismas piezas, á saber: patio con una ó mas fuentes, la nave ó naves para el rezo, y los comunes públicos dentro del mismo edificio ó en otro contiguo, como sucede en la mezquita principal.

Pasemos ahora á las casas de las autoridades ó á las de los particulares ricos, que son de igual forma. Descrita una se conocen las demás, pues excepto las dimensiones, la figura es enteramente igual. Ninguna casa morisca tiene belleza exterior. A juzgar por las afueras cualquiera creeria que iba á entrar en una morada pequeña y ruin. Generalmente en uno de los callejones mas retirados y exiguos se encuentra una puerta baja de aspecto humilde. Al entrar se tropieza con un pequeño vestíbulo que da entrada á un patio cuadrado con columnas, en medio del cual hay una fuente, y otras al rededor si el dueño es muy rico. Las casas son de dos pisos y un pequeño terrado. Los suelos, y el pié de las columnas y las fajas bajas de las paredes son de mosaico. Los techos son artesonados formando arabescos pintados de vivos colores en las casas de lujo. Al rededor del patio, así en el piso bajo como en el superior, están las habitaciones, salas largas adornadas con colgaduras de damasco ó terciopelo, jarros de china, muchos espejos dorados formando fila, otomanas y alfombras. A los extremos de la sala se ven las camas, que en algunas casas son de hierro y arregladas á la europea con tres ó cuatro colchones, mientras que en otras están colocadas sobre una especie de tarimas que se levantan del suelo, y en algunas se ven los colchones sobre el mosaico encima de una esterilla. En todas las habitaciones junto á los espejos hay colgados de la pared unos cirios de una vara de longitud, gruesos ó cubiertos de papel de color ó pintados. Completan el adorno algunas mesas y grandes arcos de madera con arabescos embutidos ó pintados, floreros de Europa, porcelana de Inglaterra, etc. Hé aquí las casas moras. Las de los judíos son iguales á corta diferencia, excepto en algunos de los adornos. Ni unas ni otras tienen mas ventanas que unos pequeños agujeros tapados con celosías, y todas reciben la luz por arriba, y aun esta abertura la cierra una reja de hierro.

La Aduana es un palacio en el que habitaba el emperador, cuando en remotos tiempos acostumbraba venir á esta ciudad. Tiene la misma forma que he descrito antes, solo que las dimensiones son mucho mas vastas.

Anda el diablo en Cantillana.

(Continuacion.)

Pero la ciudad semi-moruna no satisfizo á la familia americana. Acostumbrada á vivir en una población del campo, Sevilla era demasiado grande, demasiado ruidosa, demasiado aristocrática para sus gustos y sus hábitos. La señora del asistente, porque todavía habia asistente, recibía á Teresa con mucha benevolencia, es verdad; pero habia que ir vestida, y someterse á ciertas reglas de etiqueta que la molestaban como un cilicio, y que no estaban al alcance de su comprensión. Don Custodio por su parte concurría á dos ó tres celdas de distintos conventos, y llegó á penetrar en la tertulia diaria del boticario de su calle, donde se reunían cuatro viejos maldicientes, consagrados á asesinar todas las reputaciones femeninas del barrio. Esta vida ociosa y vagabunda, tan contraria á sus hábitos de trabajo metódico, monótono y continuo, pronto empalagó al montañés; y á los pocos meses la familia toda declaró por unanimidad, que Sevilla era una equivocación, y que era indispensable trasladar los dioses penates, que consistían por cierto en un niño Jesus de cera vestido de pastor al estilo de la Arcadia que le habian regalado al marcharse las monjas Claras de su pueblo, á sitio mas conforme con las costumbres de toda su vida.

Echóse don Custodio á buscar este vellocino de oro por todos los alrededores de Sevilla, y despues de algunos meses de investigación infructuosa, variada con una que otra insolación y media docena de desengaños, encontró á algunas leguas de la capital un pueblo tranquilo y escondido, apartado del bullicio del mundo y de las influencias de la época, que en su opinión reunía todas las ventajas apetecibles. Este iénix de los pueblos era el muy conocido en la provincia bajo el nombre de Cantoviejo.

Si todos mis lectores hubiesen de ser naturales de Andalucía, sería trabajo inútil hacerles la descripción de un pueblo que conocen mejor que yo. Pero como espero encontrar lectores en todas las provincias de la península y de ultramar, y como no es de creer que todos tengan noticias tan exactas de Cantoviejo como los andaluces, no estará de mas que les de una ligera noticia topográfica, social y agrícola.

No diré yo que Cantoviejo conserve restos, ni pequeños ni grandes, de la civilización árabe, porque la civilización árabe no penetró nunca en su recinto. Cantoviejo jamás pasó del período de la civilización fenicia,

con algunos remotos albores, cortados en flor, de la civilización cartaginense. El pueblo, edificado en la orilla izquierda del Guadalquivir, se compone de unas trescientas casas, que algunos califican de chozas, todas de planta baja.

Al otro lado del rio, que en este punto se estrecha considerablemente, se levanta una serie de pequeñas colinas, áridas y pedregosas, que vienen á morir en el rio mismo, y que forman una pantalla que protege al pueblo contra ciertos vientos muy desagradables en esta parte de la provincia. No sé si será porque los rayos del sol que reverberan en esta especie de pantalla traen al pueblo doble dosis de calórico de la que corresponde á la latitud, ó por la humedad del rio, ó por cualquiera otra causa que ignoro; pero lo cierto es que los campos que rodean al pueblo disfrutan de una feracidad admirable, y la mano del Creador parece haber prodigado en ellos cuanto puede contribuir al bienestar y á la felicidad del hombre.

Los habitantes se han aprovechado hábilmente de esta prodigalidad de ventajas naturales, para sacar el menor partido posible de ellas. Su ocupación favorita es el descanso. Toda su energía vital se concentra en la inmovilidad, alternado con uno que otro navajazo el día en que se celebra la función del santo patron del pueblo. La agricultura es su única ocupación en los intervalos de que pueden disponer despues de descansar, y no necesito decir que se encuentra en una situación floreciente. El arado que usan es fenicio puro; penetra en la tierra cosa de tres líneas y cuarto; cuando acaba de pasar, se esparce el trigo en los surcos que deja, y ya nadie se vuelve á acordar de operaciones agrícolas hasta la época de la recolección, cuando llega una partida de gallegos que la verifica, bajo los abrasadores rayos de un sol tropical y de un fuego graneado de chistes, con que los agudos habitantes estimulan el celo de los macizos é inocentes hijos de Galicia.

La botica es la única tienda que en el pueblo se conoce, y á ella concurren diariamente el señor cura, el cirujano, el escribano y el alcalde.

Las calles del pueblo tendrán su media vara en profundidad de residuos animales y vegetales, en estado de putrefacción; y los únicos síntomas de movimiento que en ellas se nota, se deben á unas cuantas mujeres que ejecutan por el sistema mutuo actos de aseo personal de un género indescriptible, sentadas á las puertas de sus casas, y á unos cuantos chicos y cerdos que se revuelcan en amistosa confusión en el centro de la vía pública.

II.

Si se me pidiese la descripción de Cantoviejo concentrada en la quinta esencia de un símil, diría que es como un robusto mendigo cubierto de harapos y devorado por legiones de parásitos insectos, que se ha tendido á dormir al sol.

Este es el pequeño paraíso en que don Custodio creyó descubrir lo que necesitaba para pasar una vida tranquila y agradable, y emplear útilmente sus ratos de ocio. Lo que sobre todo le sedujo fué el extremado ardor del clima, porque le pareció que llegaría á ser posible introducir bajo su influencia el cultivo de la caña de azúcar y del café, y remedar en el centro de la civilización europea la especie de naturaleza á que en América estaba acostumbrado.

Compró pues los mejores terrenos que pudo encontrar en los alrededores, y labró una gran casa de dos pisos en la entrada misma del pueblo, por el camino que conduce á Sevilla. Mientras duró la obra, la población entera estuvo en un estado de fermentación permanente. Jamás se habia llegado á concebir en el pueblo la idea de que se pudiese construir una casa de dos pisos y de tan vastas proporciones. Los habitantes se reunían diariamente al rededor de la obra, donde ejercitaban su afición á no hacer nada, y ó permanecían con la boca abierta, ó se entretenían en comentarios, que por fin llegaron á crear dos partidos opuestos. El símbolo ó bandera del primero, era que don Custodio estaba loco y que habia acometido una obra imposible. El credo del segundo era que el indiano sabia lo que se hacia, que era poseedor de riquezas fabulosas, y que en su desmesurado orgullo, pensaba construir un palacio que superase al del rey en Madrid.

Gran día fué para Cantoviejo aquel en que terminada la casa, y alhajada con muebles á cuya vista habia crecido el asombro de los habitantes y se habian ahondado las disidencias de los partidos, vinieron á ocupar la sus propietarios. La familia entró en Cantoviejo procesionalmente y montada en soberbias mulas. Venía primero don Custodio, revelando en esa placida é inofensiva lisonomía, que tantos amigos le habia atraído en el pueblo, la satisfacción propia del hombre que en las tempestades de la vida ha encontrado por fin el puerto de abrigo en que ha de descansar seguro y feliz. Seguiale Teresa al frente del pequeño batallón de su prole, y cerraban la marcha las dos negras y el negro Benito, á cuyo cuidado especial estaban los loros.

El pueblo se agolpaba al paso de la procesion, y si bien ante el insólito y sorprendente espectáculo de los negros se santiguó mas de una vieja, creyendo ver al mismísimo enemigo del hombre, y chilló mas de un chiquillo, y echó á correr mas de una pudorosa doncella, el éxito de la operación fué satisfactorio.

Aquella noche hubo tertulia extraordinaria en la botica, se comentaron largamente los sucesos del día,

y el cirujano hizo alarde de sus conocimientos etnológicos, demostrando extensamente que el negro no era mas que un mono perfeccionado, la transición entre el hombre y el animal irracional, el eslabón que enlaza en esta parte la gran cadena de la creación; teoría que fué generalmente aplaudida y aceptada.

Entre tanto el resto de la población estaba dando una serenata á la familia de don Custodio, con guitarra y castañuela, y con copia abundante de esos cantares tan poéticos, tan llenos de imaginación y de filosofía que parecen brotar espontáneamente del corazón antes de rebosar por los labios de nuestro pueblo. De las muchas coplas que se cantaron, la que mas satisfizo á nuestro montañés bondadoso fué la siguiente, en que se retrata de una manera tan gráfica la inocente é ingeniosa superchería de la pudorosa doncella enamorada, y en que se revela delicadamente un profundo, aunque instintivo conocimiento de analogías fisonómicas que envidiaría el mismo Lavater:

Quando vengas á verme,
Ponte en lo oscuro,
Porque crea mi madre
Que eres el burro.

Al día siguiente creyó don Custodio que correspondía tanto á su dignidad como á los deberes de nuevo y distinguido habitante de Cantoviejo, celebrar con una gran comida su establecimiento en la población y la inauguración de la nueva casa. Con este objeto convidó á comer á lo mas distinguido del pueblo, y les dió un banquete digno de su riqueza, y que fué un nuevo motivo de asombro para aquellos primitivos habitantes. La negra Encarnación se excedió á sí misma en la preparación de un infinito número de guisos, cuya existencia no se sospechaba. La olla con que empezó el festín era un pequeño epítome de la creación en sus dos importantes ramos de los reinos vegetal y animal. Los vinos mas recónditos estaban prodigados. La mas franca alegría, provocada por la amplia satisfacción de apetitos fenomenales servida de salsa general al convite, y el señor cura, que habia leído el *Quijote*, declaró en medio de ruidosos aplausos y de frenéticos vivas, que si aquello no era las bodas de Camacho, no sabia él lo que debía entenderse por el festín de Baltasar.

Era un día de calor terrible, y concluida la comida, todos los asistentes pasaron á la sala principal del piso alto, donde don Custodio se proponía hacer el gran experimento de dar por primera vez en su vida café á sus convecinos. Abrióse de par en par las ventanas de la sala para que por ella circulase libremente el aire, y se acumuló la gente en los balcones que daban al río, cuya corriente pasaba á pocas varas de la casa. A la alegría habia sucedido una tranquilidad algun tanto soñolienta, y la expresión benévola de las fisonomías, ayudada por ciertas tendencias evidentes de los párpados á ocultar la luz de la tarde, daba indicios de ese vacío que se forma en el cerebro cuando el estómago reclama con energía la cooperación de todas las fuerzas vitales.

De repente y en medio del silencio general, se oyó un ruido extraordinario, como el de una larga fila de coches que va rodando lentamente por un sendero de arena, combinado con el pisoteo impaciente de los caballos que los arrastran. Por un impulso instintivo se aproximaron todos á las ventanas del costado opuesto de la sala, que daban á la era del pueblo; pero este fué un movimiento irreflexivo y nada mas, pues nadie habia visto nunca un coche en Cantoviejo, ni era posible que una fila de ellos se estuviese entreteniéndose en recorrer la era. Además el ruido, como se observó en breve, se notaba dentro de la sala misma, como si los coches rodasen y manoteasen los caballos sobre el piso de la habitación, y como si este estuviese cubierto de arena, y no con la magnífica estera blanca de cenefa y florones rojos que don Custodio habia hecho traer de Sevilla.

El sueño incipiente desapareció de todos los párpados. Las pálidas fisonomías se contemplaban unas á otras, pidiendo en lenguaje mudo una explicación, á que solo respondía el silencio universal. Los convidados se habian convertido en estatuas, y el terror empezaba á trazar en todos los rostros sus elocuentes rasgos.

Cesó el inexplicable ruido, y aquellas estatuas mudas parecían recobrar poco á poco la tranquilidad que precede á la soltura de la lengua, como el hielo que se derrite al influjo de los primeros rayos del sol, cuando el plañidero son de una campana que tocaba á muerto, vibró dentro de la sala misma, como si estuviese suspendida de su techo, y como si el funerario y melancólico doble partiese del espacio vacío encerrado entre aquellas cuatro paredes.

En aquel instante desgraciado entraba en la sala el negro Benito con la bandeja del café. Al oír el tñebre toque, se puso verde, que es la manera que tienen los negros de ponerse pálidos bajo el influjo del terror, dejó caer las tazas con horrible estrépito, y la señora alcaldesa que estaba mirando hácia la puerta, al encontrarse frente á frente con tan extraña aparición en tan solemne momento, lanzó un agudo chillido, y cayó al suelo como un rayo con un accidente nervioso. Todas las mujeres empezaron á chillar y á correr por la habitación como si estuviesen poseídas de espíritus inmundos. El cirujano estaba en un rincón, con los pelos erizados, semi-cataléptico, y en la imposibilidad ab-

soluta de acudir á prestar los auxilios de la ciencia á las que tanto lo necesitaban.

El cura estaba acurrucado en un rincón temblando como un azogado y santiguándose con tanto mas fervor y frecuencia, cuanto que el negro Benito habia ido á caer á sus piés, y como el delfín recién sacado del mar, iba pasando rápidamente por todas las *nuevas* intermedias, desde el azul celeste al negro retinto. Aquella era una escena de confusión y terror que no es posible describir, y que por consiguiente no describo.

Semejante situación no podia durar mucho tiempo; y en efecto, á los pocos minutos empezó á restablecerse la calma, y los concurrentes se limpiaron el frío sudor que empapaba sus rostros. El cirujano recobró la suficiente sangre fría para acudir en auxilio de la alcaldesa y de las demás pacientes del sexo débil. Benito habia bajado á la cocina, y el cura salido de su rincón; y don Custodio, azorado, afligido, sin saber lo que le pasaba, hacia esfuerzos sobrehumanos para animar á todos y descubrir el horrible misterio.

Pero aun no habian concluido las tribulaciones de aquella malhadada concurrencia. Apenas se habia restablecido la calma, cuando lo mismo que en los casos anteriores, resonaron de repente en el centro de la habitación las sonoras y variadas voces de un coro religioso que entonaba el oficio de difuntos.

Entonces llegó á su colmo el terror de los convidados. Gritando, precipitándose unos contra otros, desgarrándose mutuamente los vestidos en su prisa por huir de aquella habitación maldita, bajaron rodando las escaleras, y ninguno paró hasta que llegó á su casa, muchos para caer en cama víctimas de una ardorosa fiebre y de un espantoso delirio.

La noticia de lo que acababa de suceder corrió por el pueblo con la velocidad acostumbrada en tales casos, solo que nadie sabia la verdad á punto fijo, y cada cual refería el lance con los adornos que le sugeria su imaginación. Unos decían que en medio del festín habia aparecido un duende, sacudiendo cadenas y acusando de hereje á don Custodio. Otros decían que no habia tal duende sino que era Benito, que olvidándose de las precauciones que usaba en el vestir, se habia aparecido con un enorme rabo, con patas de cabra terminando en garras de dragón, y echando llamas azules por boca, narices, ojos y orejas. Otros juraban que se habia cometido una muerte; y solo el tío Pascual, que era el *esprit fort* del pueblo y que estaba algo picado por no haber asistido al convite, se reía de la credulidad de sus convecinos, y aseguraba que todo ello habia sido una borrachera con su tendencia correspondiente.

En la tertulia de la botica se explicaba el suceso de distintos modos, pero naturalmente de una manera mas científica y mas filosófica. El cirujano, segun costumbre, tenia ya preparada una teoría. En su opinión, el sitio en que don Custodio habia edificado su casa, era un antiguo cementerio de una época inmemorial, quizás del tiempo de los fenicios. En él se hallaba enterrado un honrado labrador que dejó todos sus bienes para bien de su alma, prescribiendo numerosas misas y un funeral de primer orden. Los albaceas se habian comido el caudal y no cumplieron la voluntad del difunto. Hé aquí por qué este, inquieto y desazonado en la otra vida, habia vuelto á este mundo á reclamar de una manera tan enérgica como clara el cumplimiento de su voluntad. Pero porqué habia tardado tanto tiempo en hacerlo; porqué exigía la responsabilidad á don Custodio que ni era fenicio ni habia sido su albacea, eran puntos de difícil explicación, cabos sueltos de esos que cuelgan al rededor de muchas teorías y de que nadie se atreve á tirar.

El cura no era de esta opinión. Rara vez disienta de la del cirujano; pero este asunto salia del dominio de la ciencia, y como pertenecía al mundo espiritual, creía que era de su incumbencia exclusiva. — Bien lo decía yo, exclamaba meneando la cabeza, cuando se estaba construyendo esa casa. Tambien hubo otros hombres que quisieron construir la torre de Babel, y ya sabemos en lo que paró. Este es el orgullo humano, que no se contenta nunca con lo que basta á sus hermanos menos soberbios. Y luego esa comilona, en que se gastaron tantas cosas que debieron darse á los pobres; y aquel atracarse y aquel beber que parecia mas propio de paganos y gentiles que de cristianos viejos y católicos rancios...

Entre tanto la situación de la pobre familia de don Custodio era deplorable. Un solo golpe habia echado por tierra sus ilusiones todas. La tranquilidad que habia pensado encontrar en el pueblo habia desaparecido. Aquella traslación, consumada bajo auspicios tan favorables, habia terminado con el inmediato naufragio de todas sus esperanzas. Los habitantes del pueblo huían de ellos, y los negros especialmente inspiraban tal terror, que no se atrevían á salir de la casa, la casa del duende, como por universal asentimiento se la llamaba. La familia, aislada y triste, se encerró en el piso bajo por mucho tiempo, durante el cual nada notable ocurrio, sino de vez en cuando uno que otro ruido extraordinario y confuso en el piso alto, y que apenas llegaba á los oídos de la atribulada familia.

III.

Pero el tiempo todo lo remedia y todo lo borra, y como no era posible vivir siempre en ese estado, don

Custodio fué cobrando valor poco á poco, empezó á visitar á sus convecinos, á recorrer sus tierras y á preparar sus ensayos para el cultivo de la caña de azúcar y del café. Ocupada en estas cosas su imaginación, distraída del terrible lance del convite, poco á poco se olvidó en parte de sus pormenores, se confundieron sus recuerdos, y casi casi llegó á creer como el tío Pascual, que todo ello habia sido la pasajera ilusión de una terrible borrachera.

No hay cosa como desear creer para llegar á creer en efecto; y no hay cosa que vuelva con mas rapidez que la confianza en casos y en circunstancias como las presentes. Don Custodio llegó á convencerse á sí mismo de que todo habia sido una ilusión, se avergonzó de su credulidad y de su niñería, y resolvió acabar para siempre con todas las dudas, y hacer olvidar hasta el nombre funesto de la casa del duende, dando otro convite á sus convecinos.

Difícil fué persuadir á estos á que lo aceptasen. Pero un convite tiene irresistibles atractivos y es un argumento de difícil contestación. La resistencia cedió al cabo, y lo mas selecto de la población volvió á verse reunida en el piso alto de la casa de don Custodio.

Nunca hubiera lanzado tan imprudente reto al formidable y misterioso duende. No bien se habian reunido los convidados en la sala; no bien habian empezado á tranquilizarse las miradas recelosas que todos lanzaban al rededor de sí al principio; no bien habia comenzado la conversación en tono bajo y confidencial, con evidentes tendencias á animarse, olvidada del sitio y de sus antecedentes, cuando resonó en el centro de la sala un fuerte martilleo de aldabonazos, como si suspendida en el aire hubiese una puerta invisible, y una mano invisible tambien exigiese con energía estrepitosa que se le abriese paso.

Ante tan horrible peripecia, los concurrentes no fueron dueños de sí mismos, y echaron á correr por la escalera abajo, en tal desorden y con tal terror, que segun me ha contado un testigo presencial, la mujer del cirujano llevaba el sombrero de teja del cura en la cabeza, y el alcalde erró el camino de su casa y fué á caer en el río, de donde se le sacó con suma dificultad.

La sensación que este suceso produjo en el pueblo fué aun mas terrible que la de su predecesor.

El señor cura mandó llamar al día siguiente á don Custodio y tuvo una larga conferencia con él.

— Señor don Custodio, le dijo con voz solemne y temblorosa aun de resultados de la emoción causada por el gran suceso; señor don Custodio, las conciencias están agitadas en el pueblo con lo que acaba de ocurrir, y es deber mio tranquilizarlas penetrando y aclarando estos misterios. Si Vd. ha cometido algun gran crimen, que aun está por confesar y absolver, alivie Vd. cuanto antes su conciencia. En la misericordia divina hay remedio para todos los males. Quizás ha pecado Vd. gravemente. Esos grandes caudales que Vd. ha allegado no tienen un origen legítimo. Usted ha hecho pacto con el diablo, y ese negro Benito, con apariencias humanas, no es mas que un agente del infierno, una especie de comisionado de apremios de la majestad satánica puesto al lado de Vd. para impedir que rompa el pacto y se arrepienta. Pero no tenga Vd. cuidado; arrepíentase Vd. con el firme propósito de la enmienda, y aunque estuviere en la boca misma del infierno y rodeado por todas las legiones de Satanás, yo le aseguro que lo sacaremos á camino de salvación.

El pobre de don Custodio, que era incapaz de hacer daño á una gallina, y cuyo caudal era simplemente la acumulación de sesenta años de trabajo y de ahorros entre él y su suegro, se marchó desconsolado de casa del cura, y conoció que no le quedaba mas remedio que renunciar á sus esperanzas favoritas.

(Se concluirá.)

Reclinatorio de madera esculpida

REGALADO AL PAPA PIO IX POR LA PROVINCIA CATÓLICA DE TOURS.

Este reclinatorio monumental destinado por la provincia de Tours al jefe de la Iglesia católica, ha sido compuesto y ejecutado en madera de encina por M. Blottiere y sus sobrinos, artistas del Mans, segun el estilo de principios del siglo XVI, que precedió inmediatamente al renacimiento francés. La elección de este estilo, que se presta á una gran riqueza de ornato y que deja al artista bastante libertad para que su obra tenga á la vez un carácter tradicional y original, ha sido acertadísima para M. Blottiere, que ha conseguido hacer una obra notable por el entendido empleo de las formas arquitectónicas de una época en que el arte habia alcanzado un alto grado de perfección, y distinguida por la ingeniosa disposición de los ornatos.

El reclinatorio tiene retablo y contra-retablo. El reclinatorio propiamente dicho se halla establecido sobre un plano cuadrado con contrafuertes de ángulo muy salientes; la disposición general tan elegante como bien ordenada, presenta líneas de arquitectura muy bien ajustadas; los cuatro lados quedan visibles; en las orlas hay molduras sumamente finas.

La decoración vegetal, tratada con la mayor delicadeza, es la parte en que el talento de M. Blottiere no tiene rival; todas las plantas y las hojas están esculpidas con la exactitud y la perfección que se encuentran solo en las obras maestras.

Las figuras de alto relieve que decoran los lados representan la Fe, la Esperanza y la Caridad; en el lado anterior están las armas del sumo pontifice Pio IX acompañadas de las insignias pontificias; las esculturas están rodeadas con guirnaldas de plantas y flores simbólicas; la flor de la Pasion, emblema de la fe; el ojicanto, emblema de la esperanza; la malva, emblema de la caridad, y la encina, emblema de la fuerza.

En los contrafuertes de los ángulos están en nichos las figuras de marfil de las doce apóstoles; estas estatuillas, perfectamente compuestas y ejecutadas, completan la parte monumental del reclinatorio. En la parte posterior del retablo se hallan las estatuas de marfil de san Martín de Tours y de san Julian del Mans. Entre esas dos figuras hay un ancho escudo en el cual se lee la siguiente inscripcion grabada en una placa de marfil:

PIO IX.

SUMMO PONTIFICE

PROVINCIA TURONENSIS

TURON.	REDON.
GENOMAN.	SAN-BRIOG.
ANDEGAR.	CORISOPIT.
NANNET.	VENET.

1851.

En resumen este reclinatorio es una obra tan perfecta como las que salieron de manos de los artistas de la edad media y del renacimiento.
G. F.



EL CARDENAL ANTONELLI.

Su Eminencia el cardenal Antonelli.

El cardenal Giacomo Antonelli, presidente del consejo de ministros de los Estados pontificios, de la congregacion de la iglesia de San Pablo y de los palacios apostólicos, nació en Sonnino, cerca de Terracina, el 2 de abril de 1806, de una familia pobre, pero que tiene pretensiones á una nobleza antigua en la Romania. Su padre era leñador.

Giacomo Antonelli, hoy uno de los hombres mas eminentes del gobierno romano, fué muy jóven á Roma, donde hizo estudios brillantes.

Su talento le señaló á la atencion de sus profesores; y fué protegido de un modo particular por el papa Gregorio XVI, que reconoció en él una organizacion que le destinaba á ser un hombre superior, y á ocupar un puesto eminente en la Iglesia.

Por un efecto de esa benevolencia, Giacomo Antonelli fué elevado á la prelatura y obtuvo sucesivamente diversos empleos en el órden administrativo. Desempeñó las funciones de delegado en Orvieto, en Viterbe y en Macerata.

En 1841 fué nombrado subsecretario de Estado en el ministerio del Interior; en 1844 segundo tesorero, y en 1845 tesorero mayor, cargo equivalente al título de ministro de Hacienda.

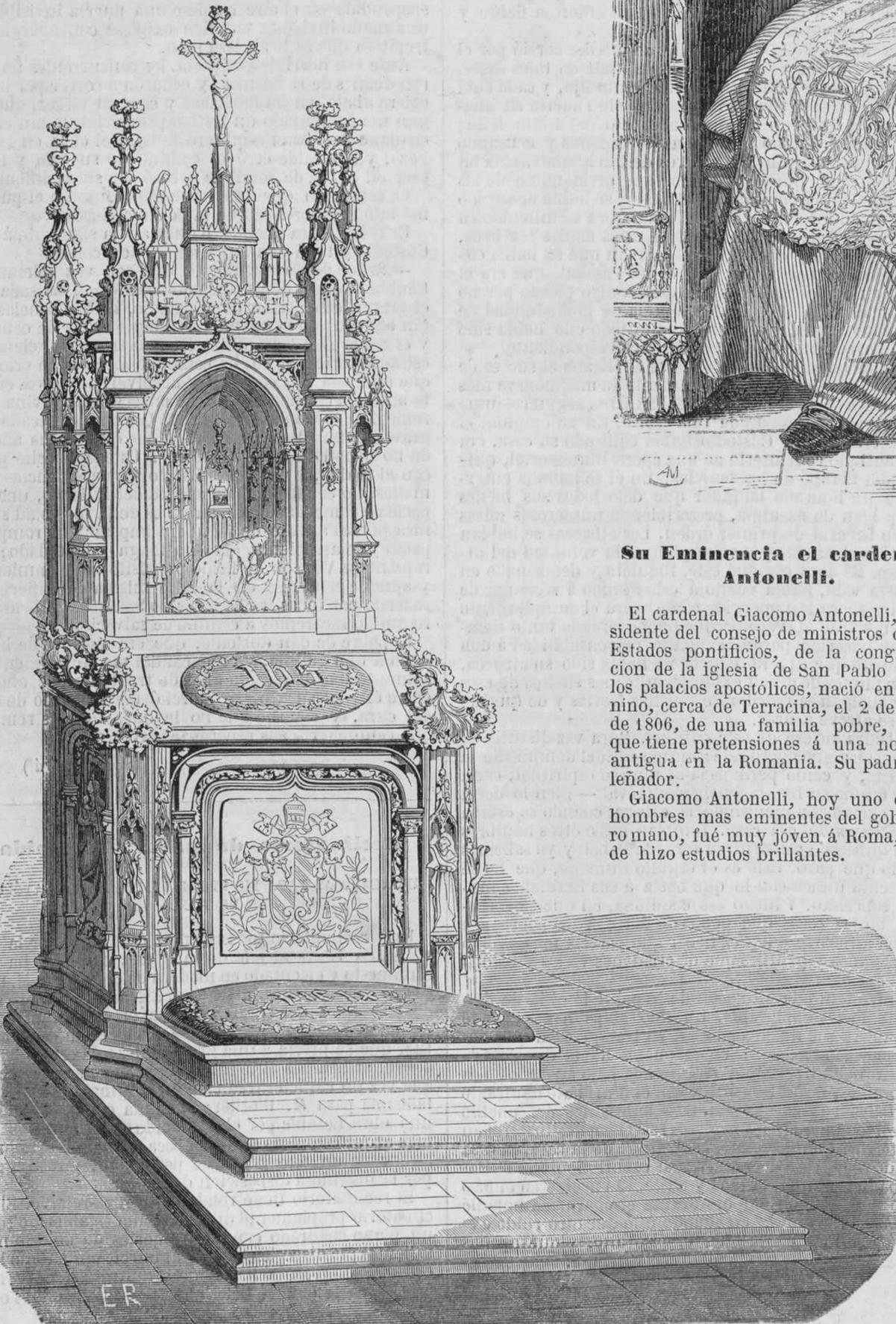
El advenimiento de Pio IX en 1846 no cambió nada la alta posicion de monseñor Antonelli. El nuevo pontifice le acordó como su predecesor una entera confianza, y manifestó mediante un favor nuevo su alta estimacion por los talentos y los servicios de su ministro, nombrándole en el año siguiente cardenal en el órden de los diáconos.

El cardenal Antonelli secundó muy activamente las tendencias liberales que demostró Pio IX al principio de su pontificado; con sus consejos se asoció á los diferentes actos que dieron entonces grandes esperanzas á las provincias, y reanimaron el patriotismo italiano.

Los sucesos de 1848 y 1849 modificaron mucho las disposiciones del gobierno pontificio.

El cardenal Antonelli siguió al papa á Gaeta, despues de haber resistido inútilmente á los esfuerzos de la revolucion.

El cardenal Antonelli es uno de esos hombres de gran talento cuyo mérito nadie puede negar, aun cuando no se tengan sus opiniones. Está dotado de una penetracion extraordinaria, y bajo las apariencias mas afables oculta un carácter de los mas firmes. Los sucesos demostrarán el uso que ha sabido hacer de las preciosas cualidades que todo el mundo le reconoce; pero desde ahora se puede juzgar de su firmeza por el impasible desden que opone á los peligros que amenazan la autoridad temporal del papa, de quien es primer ministro.
M.



RECLINATORIO DE MADERA ESCULPIDA REGALADO AL PAPA PIO IX POR LA PROVINCIA CATÓLICA DE TOURS.